

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

"MOTEL ARCOIRIS": COTO DE CAZA

Lou Carrigan



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

¡La puerta ha llamado! ¡Vaya frase! Pero eso le importó un pito a Mark, que encogió los hombros, y pasó al segundo asalto. Pero, «la puerta volvió a llamar», y la negrita insistió:

—Vez llamado la puerta otra —aseguró.

—Bueno —masculló Mark—, ¿y a nosotros qué nos importa, eh?

Mark Lancelot intentó convertirse en un «sandwich» entre los dos hermosos cuerpos, pero volvieron a llamar a la puerta.

—La puerta...



Lou Carrigan

«Motel Arcoiris», coto de caza

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1493

ePub r1.0

Lds 11.01.19

Título original: «*Motel Arcoiris*», *coto de caza*

Lou Carrigan, 1979

Cubierta: Deslio

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Estaba todo preparado.

El «*bungalow*» era encantador, situado a la orilla del mar, rodeado de flores que, próxima ya la noche, se irían cerrando lentamente, dejando en el aire un leve perfume tropical. Dentro del «*bungalow*» había una atmósfera tibia y luminosa, muy propia de Zamboku, el agradable país africano en el que Mark Lancelot llevaba varias semanas. Sobre una mesita, restos de una cena fría, y una botella de champaña vacía. Una música cadenciosa, lenta, como un murmullo, se extendía por el perfumado aire...

Y en el dormitorio, las dos negritas.

Eran dos muchachas deliciosas. De lo más simpáticas, había que reconocerlo. No hablaban muy bien el inglés, pero para el caso, con sus pocos conocimientos idiomáticos había más que suficiente. Además, al no saber inglés, pronunciaban de un modo graciosísimo el apellido Lancelot, lo que hacía reír al buen Mark.

El buen Mark... Bueno, es un modo de hablar. No es que Mark Lancelot fuese un mal bicho, pero tampoco era «bueno» en el sentido estricto de la palabra. Esto tenía cierta lógica, porque ser espía y andar por ahí rebosando bondad era lo mismo que ir ofreciendo el pecho para albergar un montón de balas, o los riñones como funda para un afilado cuchillo. De modo que lo de «bueno» era relativo.

Por ejemplo, si había que liquidar a alguien, Mark Lancelot no era bueno. Pero, con dos negritas tan encantadoras, tan simpáticas, tan dulces y cariñosas, Mark Lancelot era buenísimo..., en justa correspondencia, ya que las dos negritas estaban buenísimas.

Y desnudísimas.

Mark Lancelot también estaba desnudísimo, en el centro de la

cama. A cada lado, una de las negritas, que reían, le daban besitos, le hacían cosquillas, y, de cuando en cuando, bebían un traguito de champaña, directamente de la botella. De la segunda botella. Estaban muy contentas...

—Y ahora —dijo una de ellas— trago tú pequeño bebes.

El cerebro-computadora de Mark Lancelot tradujo inmediatamente la frase, que debía ser más o menos así: y ahora, bebes tú un pequeño trago.

—Claro que sí —aceptó—. ¡Venga la botella!

—No —rió la negrita—. Yo trago doy a ti pequeño.

También esto se podía entender, de modo que Lancelot abrió la boca, y la negrita comenzó a verter el chorrito de champaña. Estaba bueno, estaba frío. A la negrita se le fue la mano, y el trago se convirtió en cascada, desbordando la boca de Mark y deslizándose por su barbilla, cuello y pecho.

—¡Oh! —exclamó la otra—. ¡Yo no champaña se desperdicie quiero!

Y como no quería que el champaña se desperdiciase, comenzó a besar a Mark Lancelot en las partes recién humedecidas, con un ímpetu y una dedicación de lo más adorable. De modo que Mark Lancelot olvidó el champaña, y, mientras una negrita le besaba a él, él comenzó a besar a la otra, acariciando las turgentes formas elásticas, vibrantes, que parecían saltar a cada caricia.

De este modo, mientras el buen Mark se iba entusiasmando besando a una negrita, la otra terminó el champaña que regaba su cuerpo, pero no por eso dejó de intentar beber... Lancelot emitió una especie de maullido ante la genial idea de la negrita, y comenzó a lanzarse en serio al magnífico combate que le esperaba. Se convirtió en una especie de pulpo besucón, entusiasmadísimo... No lo podía remediar: ¡le gustaban las negras!

Así que...

Así que, en aquel mismo momento en el que el combate comenzaba a ponerse interesantísimo, sonó la llamada en la puerta del «*bungalow*». Ni caso, por parte de Lancelot. Pero una de las negritas se apartó un poco, y lo miró con los ojos muy abiertos.

¡La puerta ha llamado! ¡Vaya frase! Pero eso le importó un pito a Mark, que encogió los hombros, y pasó al segundo asalto. Pero, «la puerta volvió a llamar», y la negrita insistió:

—Vez llamado la puerta otra —aseguró.

—Bueno —masculló Mark—, ¿y a nosotros qué nos importa, eh?

Mark Lancelot intentó convertirse en un «sandwich» entre los dos hermosos cuerpos, pero volvieron a llamar a la puerta.

—La puerta...

—¡Ya sé, ya sé, la puerta otra llamado vez..., digo...! ¡Oh, al demonio! ¡No os mováis de aquí!

Saltó de la cama, hecho una furia, se puso los calzoncillos, y salió del dormitorio. Cuando abrió la puerta del «bungalow», su gesto podía ser cualquier cosa menos cordial.

Pero al ver al hombre que había estado esperando pacientemente, el gesto de Mark Lancelot cambió bruscamente. Era un tipo de mediana edad, con abundantes cabellos grises, buena estatura, ojos claros, y un bigotito de oficial de Su Majestad la reina de cuando los británicos tenían puesta la bota en la India. Un tipo interesante, dicha sea la verdad.

—Hola, Mark —sonrió el visitante.

La reacción de Lancelot fue velocísima, apartándose de la puerta.

—Pase, señor.

—Gracias. ¿Interrumpo tu sueño?

Lancelot se miró, se vio en calzoncillos, y por un instante pareció azorado.

—Bueno, a decir verdad todavía no había cogido... el sueño, señor.

—Menos mal. Sentiría mucho haberte molestado.

El hombre entró, Mark cerró la puerta, y lo guió hasta un sillón; esperó a que su visitante se sentase, lo hizo él, y se quedó mirándolo fijamente, expectante, incluso ansioso.

Desde el dormitorio, llegaron unas risitas, y el visitante miró, entre curioso y maravillado a Lancelot.

—¿Tienes encendida la radio? —preguntó.

—Esto... No, no... Bueno... O sea...

—¿Podemos hablar?

—Entenderá sea lo que diga sea nadie lo que, señor.

—¿Qué? —Se pasmó el visitante.

—No se preocupe, señor. Nadie podrá repetir a nadie lo que usted me diga... ¿Tenemos noticias?

—Así es.

El rostro de Mark Lancelot se convirtió, de pronto, en una máscara de expresión dura y fría.

—Por fin —susurró—. ¡Maldito sea ese tipo, hace más de un año que me está volviendo loco! ¿Está en Zamboku, ha sido detectado...?

—Está o estará en Estados Unidos.

—¡En Estados Unidos! Pero... ¿qué hace WarMan allá, señor?

—Concretamente, está o estará en Miami. Y más concretamente todavía en el «Motel Arcoiris», de Miami Beach. Lo que podría respaldar nuestra teoría de que WarMan es negro.

—¿Por qué? —se sorprendió Mark.

—Porque el «Motel Arcoiris» es un agradable lugar, de lujo, que alberga casi exclusivamente negros. Es como un lugar de privilegio para los negros norteamericanos... que pueden pagarlo.

—Entiendo. ¡Bien, por fin sabemos algo concreto del maldito WarMan! Sabiendo ya que es negro...

—No tan deprisa, Mark. En el «Motel Arcoiris» también hay clientes de raza blanca. Resulta que los negros han querido dar una lección a los blancos, y, aunque es bien sabido que el motel es para negros nunca han negado la entrada a gente de raza blanca. No son muchos los blancos que van allá, pero algunos van. No todos los yanquis son racistas.

—Ya. O sea, que estamos como al principio: lo mismo puede ser blanco que negro... ¡Y no tenemos ni una maldita fotografía del puerco de WarMan!

—Llevando al extremo nuestra escasez de información sobre ese sujeto —asintió el visitante—, resulta que ni siquiera podemos estar seguro de que sea un hombre: Puede ser una mujer.

—Eso sería divertido —sonrió secamente Lancelot—. ¡Sería la única vez en mi vida que yo habría estado corriendo detrás de una mujer durante más de un año! Estoy hasta aquí de WarMan, señor. El opera especialmente en Africa, pero no sólo en *toda* Africa, sino que, de cuando en cuando, el cerdo cochino hace un viajecito a Europa... ¡Y ahora se larga nada menos que a Estados Unidos! ¿Sabemos qué ha ido a hacer allí?

—Considerando las características de WarMan, ésa es una pregunta innecesaria, Mark. Su nombre lo dice todo^[1]..., y además,

ya sabemos perfectamente que WarMan está especializado en la programación de guerras. Hace ya mucho tiempo que está trotando por Africa, complicándoles la vida a pequeños países y a los servicios secretos que operamos en el continente. Es un maldito y escurridizo canalla traidor y asesino, que todavía complica más las cosas en Africa. No somos los únicos que vamos tras él para cortarle el cuello..., pero me gustaría que fuésemos nosotros, el M. I. 5, quienes lo hiciésemos.

—Si le pongo la vista encima, delo por muerto, señor. Pero ¿cómo sabemos que está o va a estar en Miami Beach? ¡Yo me estoy volviendo loco buscándolo por Africa, y él se larga a Miami!

El visitante dirigió una irónica mirada hacia el dormitorio de Lancelot, en el que volvían a oírse risas.

—Ya, ya... Sí, ya veo que no piensas más que en encontrar a WarMan. Debes estar agotado.

—Bueno, señor —sonrió Mark— en algo hay que distraerse de cuando en cuando, caramba.

—Estoy de acuerdo. Y sé muy bien que, durante más de un año, has trabajado duramente. A propósito de eso, cuando liquides a WarMan, tengo programadas tus vacaciones. Completas, Mark: cuarenta días.

—¡Fiuuu...! —Silbó el espía británico—. ¡Ante esa perspectiva; no puedo fallar esta vez! Pero insisto: ¿cómo sabemos...?

—Tenemos buenos contactos con el gobierno de Zamboku, como ya sabes. Y gracias a esos contactos, y a los buenos servicios de tus compañeros destinados aquí, hemos sabido que cinco personajillos han partido hacia Miami Beach, con reservas en el «Motel Arcoiris»... Son cinco personajillos de raza negra, que al parecer, están preparando algo sucio en Zamboku, puesto que pretenden contratar a WarMan, con el cual se han citado en ese motel de Miami Beach.

—Pero si WarMan se entera de que nosotros sabemos...

—No. WarMan no puede saber que nosotros sabemos que está citado allí con esos cinco personajillos. De modo que, en teoría, las cosas pueden resultarte fáciles esta vez: todo lo que tienes que hacer es vigilar a esos cinco personajillos que pretenden organizar una guerra en Zamboku, esperar a que hagan contacto con WarMan, y entonces cazar a éste. De los cinco negros, si vuelven, se encargarán

las autoridades de Zamboku. Tú concéntrate en WarMan.

—De acuerdo. Mire, señor, no es que yo le tenga miedo a ese sujeto, pero llevo tanto tiempo tras él, que he aprendido la lección: es escurridizo como una culebra. Así que, quizá, a riesgo de deslucir mi actuación personal, sería conveniente que yo no fuese solo. Quizá entre unos cuantos compañeros y yo pudiésemos...

—No. No, Mark. En primer lugar, tú te bastas para cazar a ese criminal. Y en segundo lugar, tú mismo lo has dicho: es escurridizo como una culebra..., y mucho más astuto que ese animalito. Si enviamos allá un grupo de agentes, WarMan se va a oler la encerrona inmediatamente.

—Eso es cierto —masculló Lancelot—. Muy bien: me daré el gustazo de liquidarlo yo solo. ¿Qué datos tenemos sobre esos cinco personajillos?

—Sabemos, por ejemplo, que uno de ellos lleva un cheque por doscientos cincuenta mil dólares americanos, que, naturalmente, está previsto como pago de los... servicios de WarMan por montarles una guerrita en Zamboku. Y, además, tenemos las fotografías de los cinco.

Diciendo esto, el visitante de Mark Lancelot tendió a éste un sobre que sacó de un bolsillo interior de su impecable chaqueta. Mejor dicho, sacó dos sobres, pero se reservó uno.

Mark retiró las fotografías del sobre, y comenzó a examinarlas, escrutando atentamente los rostros de los cinco negros..., uno de los cuales era una mujer. Mark miró un instante a su jefe, pero regresó en seguida su atención a las fotografías, dejando de lado su leve sorpresa.

La mujer era joven, de menos de veinticinco años, y resultaba más que aceptablemente bonita; quizá tenía los labios un poco demasiado gruesos, y el cabello excesivamente rizado, pero sí, resultaba bonita. De los cuatro hombres, tres podían tener alrededor de cuarenta años, y ninguna señal característica personal. El cuarto negro sí era más fácil de identificar inmediatamente, porque parecía tener unos sesenta años, y sus cabellos eran completamente blancos, así como las cejas. Era un hombre interesante, sin duda.

Luego, Mark fue mirando los dorsos de las fotografías, en las que constaban los nombres de los negros y los números de las cabañas que tenían reservadas en el «Motel Arcoiris». El hombre del cabello

blanco se llamaba Obo Kenato, y tenía reservada para él sólo la cabaña número 10; la muchacha se llamaba Kana Mabaka, y, junto con uno de los negros, el llamado Abumbu Aba, ocupaban la 4; los otros dos negros, llamados Sesese Noto e Ito Nago, ocupaban, juntos, la cabaña 13.

Lancelot asintió, tras un nuevo repaso a los datos y los rostros, y tras meter las fotografías en el sobre, devolvió éste a su visitante, murmurando:

—Vistos.

El hombre se guardó el sobre, y tendió el otro a Mark.

—Utilizarás tu verdadero nombre, y tu profesión de periodista. Aquí tienes el pasaje en avión hasta Nassau, en las Bahamas, Desde Nassau, en plan de turista curioso, darás un «saltito» a Miami, donde te gustará el ambiente hasta el punto de querer pasar allá unos días...

Bueno, Mark, no creo que deba explicarte ahora lo que debes hacer, ¿verdad?

—No, señor —sonrió Lancelot—. Bueno, hay una cosa que quiero dejar bien clara: yo voy allá a liquidar a WarMan, no a hacer filigranas, ¿de acuerdo?

—Ese sujeto no nos interesa para nada en su... faceta informativa. No es nadie, no es nada..., salvo un criminal peligroso, que todos los servicios secretos que operan en Africa están deseando quitar de en medio, incluidos rusos, chinos, cubanos, yanquis... Simplemente, Mark, mátalos. Ganarás prestigio en el M. I. 5, harás un favor a nuestros colegas..., y prestarás un gran servicio a la Humanidad.

—Sí, señor —asintió Mark Lancelot—. Encantado, señor. Bien, saldré en seguida hacia las Bahamas para...

—Tu avión no sale hasta mañana por la mañana —el visitante señaló, sonriendo irónicamente, hacia el dormitorio, de donde no habían dejado de llegar risas—. Tienes tiempo de terminar de escuchar el programa de radio, hombre.

—Bueno, señor... No es la radio. —¿No? ¡Qué me dices...!

—Son dos negras sensacionales.

—¿De veras? ¿Dos negras? ¿Dos?

—¿Qué quiere, señor? —sonrió como un excelente muchacho el espía Mark Lancelot— ¡me encantan las negras...!

El otro se puso en pie.

—Mark: quizá WarMan sea una mujer... No importa que se haga llamar WarMan; podría ser una WarWoman... Tanto da. Lo que quiero decirte es que, aunque sea una mujer, y sea... sensacional, tienes que matarla.

—Pierda cuidado, señor. No voy a decirle a usted que no me divierta, si llega el caso, como haré con esas negritas, en cuanto usted salga de aquí..., pero, básicamente, yo voy al «Motel Arcoiris» de cacería..., ¡y esta vez no permitiré que se me escape la pieza!

CAPÍTULO II

El «Motel Arcoiris» era, en verdad, un lugar muy agradable. Constaba de unas treinta y tantas cabañas, bien distribuidas en un terreno atestado de palmeras, arbustos de flores, césped, y, en su límite, la fina arena de la playa. Cerca de ésta estaba la cabaña-club, que servía de punto de reunión, junto a una estupenda piscina de aguas azules. No muy lejos de la piscina, un edificio de sólo dos pisos, en el que habían algunas «suites», todas con vistas al mar; el edificio había sido construido para poder satisfacer las demandas de alojamiento en mayor número, pues, de haber ocupado aquel terreno en la construcción de más cabañas, apenas habrían cabido dos. De este modo, muchos clientes acudían sabiendo que, aunque fuese en el edificio de «suites», podrían instalarse en el «Motel Arcoiris».

Mark Lancelot tuvo la suerte de encontrar libre una cabaña, la número 6, a la que fue conducido por un botones negro, tras inscribirse en la cabaña-conserjería. La mañana era espléndida, y cuando el botones abrió las persianas, todo se inundó de luz. Formidable. Nadie se había inmutado por el hecho de que, en un motel al que solamente solían acudir negros, hubiese un blanco dispuesto a pasar unos días. Un blanco rubio, pecoso, de ojos claros, simpático y amable.

El botones, señaló, diciendo:

—Puede utilizar el teléfono con línea directa, señor. Hay otro en el saloncito. Y aunque también puede utilizarlos para llamar por línea directa a la conserjería y pedir lo que desee, tendrá más rápido servicio si utiliza el sistema de comunicación permanente entre todas las «suites», habitaciones corrientes, y cabañas, con la conserjería.

—¿Quiere decir que todas las habitaciones y cabañas están comunicadas entre sí, por ese sistema? —preguntó Mark.

—No, no. Sólo con la conserjería, no entre sí. A menos, claro está, que se solicite expresamente. Pero si desea llamadas privadas, todos los teléfonos tienen línea directa.

—Entiendo. Bien, gracias...

Mark Lancelot tendía un billete de diez dólares al botones, pero éste, sonriendo, movió negativamente la cabeza.

—No se admiten propinas en el «Motel Arcoiris», señor.

—Pues me alegro por ustedes. Gracias por su servicio.

—A usted, señor, de todos modos.

Mark Lancelot quedó solo, y se dispuso a colocar sus cosas en el armario..., menos la pistola y los prismáticos, para los que buscaría un lugar adecuado. Este material lo había recogido a su llegada a Miami International Airport, hora y media antes, por el sencillo procedimiento de alquilar un coche, dentro del cual Mark Lancelot no se sorprendió en absoluto de encontrar la pistola y los prismáticos. A fin de cuentas, el servicio secreto británico había sido la cuna de los mejores espías...

Bueno, todo preparado. Pero esta vez no para pasarlo en grande con dos negritas, sino para jugarse el pellejo... una vez más. Porque, desde luego, si WarMan lo olfateaba, lo asesinaría. Hasta el momento, Lancelot había llegado siempre tarde a los puntos donde había actuado WarMan, pero esta vez tenía la esperanza de que no fuese así. De modo que nada de descuidos. Claro que tampoco tenía que aparecer como un individuo poco sociable, inabordable, y que se pasaba el día con cara de querer verlo todo. Nada de eso. Debía trabajar relajado, con naturalidad, con su habitual clase profesional. A fin de cuentas, no hace falta abrir tanto los ojos para ver todo lo que sucede alrededor: basta con saber mirar. De todos modos, no era conveniente que le viesen siempre cerca de los cinco personajillos negros...

Mark Lancelot terminó de instalarse en la cabaña seis, se sentó en una butaca extensible, y encendió un cigarrillo. Durante el tiempo que duró éste, preparó mentalmente su futura actitud en el «Motel Arcoiris», y llegó a la conclusión de que sería un grave error intentar adoptar determinada personalidad. Lo mejor era ser, simplemente, Mark Lancelot, un joven periodista, dispuesto a

disfrutar de todo cuanto la vida pudiese ofrecerle.

—*All-right* —dijo, en voz alta, Mark.

Minutos más tarde, en bañador, se dirigía hacia la piscina, ciertamente construida muy cerca de la playa, y rodeada también de palmeras y césped, con bellísimos macizos de flores salpicando aquí y allá.

Junto a la piscina había una gran terraza de piso de cerámica roja, que se extendía hasta la cabaña, idéntica a las otras en tamaño, que servía de club del motel. Bajo el techado verde que se prolongaba por delante de la cabaña-club, había mesas, un bar, teléfonos, y, a un lado, algunas cabinas con duchas de agua dulce. En la zona de césped, unos treinta parasoles, listados de negro y amarillo, protegían del cálido sol otras tantas mesas, muchas de las cuales estaban ocupadas... Desde el trampolín de la piscina, una jovencita de raza negra, ataviada con un diminuto bikini blanco, se disponía a zambullirse en las azules aguas...

—Es un lugar estupendo —dijo Mark, acomodándose en uno de los taburetes, ante el bar.

—Gracias, señor —sonrió el camarero negro—... ¿Qué desea tomar?

—Bueno, a estas horas, creo que me sentará magníficamente un zumo de naranja. ¿Es posible?

—Naturalmente, señor. Está usted en el «Motel Arcoiris». Gracias por venir.

—¿Aunque sea blanco? —sonrió Lancelot.

—Precisamente por ser blanco, señor. Aunque yo diría que las personas que hay en el motel no dan mucha importancia a eso, motivo por el que todos son bien venidos.

—A eso le llamo yo pensar con la cabeza —asintió Mark.

Se volvió, encendiendo otro cigarrillo. Entre el humo, vio en seguida a Kana Mabaka y a Abumbu Aba, sentados a una mesa cerca de la piscina. A otra mesa, solo, leyendo un periódico, estaba el interesante Obo Kenato. Y muy cerca de él, tomando refrescos en otra mesa, Sesese Noto e Ito Nago... En el momento en que Mark dejaba su bolsita con el tabaco, encendedor y dinero sobre el mostrador, Obo Kenato se dirigía muy cortésmente a Noto y Nago, que dejaron de conversar y le atendieron no menos cortésmente. Qué bien: simulaban no conocerse de antes, pero dispuestos a

entablar un cordial conocimiento...

Fantástico. Acababa de llegar, y ya tenía ante su mirada a los cinco personajillos de las fotografías. Pero... ¿y WarMan? Ah, ésa era otra cuestión. ¡Vaya si era otra cuestión!

Si WarMan era negro, la cosa iba a resultar trabajosa de dilucidar, pues habían casi cuarenta negros, en total, en el motel. Si era blanco, podía ser más fácil, pues había pocos: media docena, que pudiese ver, por el momento.

Aunque algunos valían la pena, sí señor... Por ejemplo, la muchacha rubia de ojos claros y cuerpo sen-sacio-nal, que en aquel momento salía de la piscina, chorreando. Llevaba un bikini azul, que le sentaba muy bien, y cuyo tamaño no era mayor que tres sellos de correos colocados en los tres puntos estratégicos. ¡Vaya tía buena...! Y simpática, porque se dio cuenta de que Mark Lancelot la estaba mirando, y le sonrió.

Mark enseñó los dientes, y para no quedar como un fascinante y apresurado castigador de chicas en bikini, desvió la mirada, bien a su pesar... Lo lamentó en seguida, porque se topó con la hosca mirada de un sujeto alto, recio, fuerte, de cabellos muy cortos, que le miraba fijamente. Parecía irritado. Luego, el sujeto miró a la muchacha, y de nuevo a Mark... Pero éste miraba ya a otras personas. Había un matrimonio de unos cuarenta años, con una niña de unos doce, sentados a una mesa; eran de raza blanca. Y otro matrimonio, ambos de más de sesenta años, sonrientes, que conversaban alegremente con los vecinos negros de una mesa llena de refrescos... y de niños. Encantador lugar.

«Ese WarMan es un cerdo —pensó Lancelot—. Un maldito cerdo cobarde. ¿Por qué ha escogido un lugar tan bucólico como éste...?».

—Hola —oyó a su lado—. ¿Acaba usted de llegar?

Lancelot miró a su primera amistad en el motel. La cosa iba bien: era la muchacha rubia del bikini tipo sellos de correos, que sacudía su hermosa melena rubia, mirándole, sonriente.

—Hola —sonrió también Mark—. Sí, acabo de llegar. Y lo he hecho en el momento oportuno.

—Oportuno, ¿para qué?

—Para invitarla a usted a un fresco refresco.

La muchacha se echó a reír.

—¡Aceptado! —exclamó—. Me llamo Amanda.

—Yo, Mark. Mark Lancelot.

—Amanda Lowell —la muchacha tendió su húmeda mano—. Encantada, Mark.

—Yo, más.

Ella volvió a reír. El camarero llegó con el jugo de naranja para Mark, pero éste lo empujó hacia la muchacha, y pidió otro para él. La estuvo mirando mientras bebía, con graciosa avidez.

—¡Tenía una sed...! —exclamó luego Amanda Lowell—. Es usted muy amable, Mark.

—Usted, más.

Amanda rió de nuevo, mirando de reojo. Mark desvió disimuladamente la mirada, y vio al tipo alto y robusto mirando hacia ellos, con gesto torvo.

—¿Está solo en el motel, Mark?

—He llegado solo..., pero ya no estoy solo. ¿Y usted?

—Pues... también he llegado sola, pero ya he hecho buenos amigos por aquí.

—¿Como el tipo de cara de pocos amigos? —sugirió Mark.

—Oh, él... Olvidémoslo. —¿Quién es?

—Se llama Gordon Overol, y... ¡Oh, por favor, olvidémoslo!

—¿A quién? —Puso cara de tonto Mark.

De nuevo rió Amanda Lowell: Llegó el siguiente jugo de naranja, que Mark degustó, complacido, mirando con agrado a su alrededor. Gordon Overol seguía mirándolo hoscamente. Abumbu Aba y Kana Mabaka ni parecían haber reparado en la llegada de un nuevo cliente. Obo Kenato departía con sus dos compinches; cualquiera que no supiera nada, tenía que pensar forzosamente que estaban iniciando una amistad... El matrimonio blanco y la niña se disponían a nadar en la piscina... ¡Vaya si se estaba bien allí!

¿Y WarMan? ¿Estaba WarMan allí? ¿Había llegado ya?

Un lento escalofrío se deslizó por la espalda de Mark Lancelot. Una cosa sobre la que no existían dudas era la inteligencia de WarMan. Si estaba allí, y le veía..., ¿sería lo bastante perspicaz para catalogar al recién llegado?

—Bien, voy a ducharme —dijo Amanda, tras terminar su jugo de naranja—. A algunas personas les gusta quedarse con el salitre del mar en la piel, pero a mí me molesta un poco.

—Estamos de acuerdo. Entiendo que la piscina es de agua de

mar.

—Oh, sí... ¿Nos veremos luego, Mark?

—Seguro que sí.

—Tienes una sonrisa simpática —murmuró Amanda Lowell.

—Cortesía por cortesía: eres simpática y preciosa.

Ella rió otra vez y se dirigió hacia las cabinas de las duchas, despidiéndose con un gesto de la mano. Mark terminó su jugo, y se fue hacia la piscina. Se subió al trampolín, efectuó un perfecto salto con vuelta y media y rizo, y se zambulló... Cuando salió a la superficie, oyó los aplausos, y miró hacia el borde de la piscina, desconcertado.

—¡Bravo! —Aplaudía la anciana—. ¡Muy bien, joven, muy bien!

—Muchas gracias —sonrió Mark—. ¿Le gustaría ver otro salto, señora?

—¡Ya lo creo que sí!

—Pues allá voy.

Mark Lancelot efectuó otro salto, ahora en «ángel», y cuando reapareció en la superficie, escuchó más aplausos. Algunos niños se habían acercado, y le miraban con expresión admirativa, aplaudiendo, como la anciana..., junto a la cual se había colocado su marido.

—Vamos, Beatrice —la reprendía—, no seas niña.

—¡Pero si salta muy bien! —protestó ella—. ¡No seas aguafiestas, Ben! Diga, joven: ¿le ha molestado complacerme?

—En absoluto —casi rió Mark, alzándose directamente por el borde de la piscina—. Al contrario: a todos nos gusta fanfarronear un poco.

—Yo también saltaba aceptablemente... hace años —farfulló el anciano—. Y aún podría intentarlo.

—¡Santo cielo! —gimió la anciana—. ¡Oh, no, Ben, por favor!

—¿Por qué no? ¿Crees que no puedo hacerlo?

—Mira, prefiero que sigas mirando a las muchachas jovencitas... Aunque me parece que te han quitado tu conquista. Amanda y este joven se han hecho amigos... Tendrás que buscar otra.

—¡Siempre estás con las mismas...!

Mark Lancelot, que iba mirando de uno a otra como estupefacto, se echó a reír, de pronto, y los dos le miraron, sorprendidos. Luego, rieron a su vez.

—De acuerdo —aceptó el llamado Ben—: saltaré otro día. ¡Pero no te metas más conmigo!

—Prometido, querido. Pero prométeme tú también que, por hoy, no intentarás imitar al señor... señor...

—Lancelot —se presentó éste—. Mark Lancelot, señora.

—Beatrice Roark —sonrió ella—. El apuesto saltador de trampolín que tengo a mi lado es Benjamín Roark —suspiró, como resignada—: ¡mi marido!

—Un momento —masculló Ben Roark—. Yo no soy tu marido: ¡tú eres *mi* mujer!

—¿Acaso no es lo mismo?

—Es cuestión de matices. Y quiero que quede bien claro que soy yo quien se llama Roark, no tú.

—¿De modo que no me llamo Roark? —Se irritó la dama—. ¿Acaso estás usando un nombre falso, Ben Roark?

Mark Lancelot volvió a reír.

Y rió muchas más veces durante aquella mañana, y luego en el comedor, y por la tarde. A decir verdad, todos los clientes del «Motel Arcoiris» parecían tener muy buen humor, lo que resultaba lógico. Nadie estaba allí para pasarlo mal, por supuesto..., a excepción de WarMan. Y de los cinco personajillos de Zamboku.

Hasta que se retiró aquella noche a su cabaña, Mark Lancelot estuvo pasándolo divinamente... sin perder de vista a Obo Kenato y sus amigos, que no parecían estar dispuestos a salir del motel para nada. Mejor.

¿WarMan? ¡Ni rastro!

Y así terminó aquel día, primero de la estancia de Mark Lancelot en el «Motel Arcoiris».

Y así comenzó el segundo, durante cuya mañana estuvo departiendo con negros y blancos, especialmente con los Roark y Amanda Lowell..., lo que no parecía gustar ni pizca al llamado Gordon Overol, que se mantenía en un aislamiento sombrío. Por lo demás, todo iba perfectamente, todo era agradable, todo era hermoso...

Hasta que Mark Lancelot pensó que quizá se estaba haciendo notar demasiado, y decidió que aquella tarde la dedicaría a vigilancia a distancia. Sí, señor, eso iba a hacer.

¡Para algo le habían proporcionado los prismáticos...!

CAPÍTULO III

Poco después de las cuatro de la tarde, Mark Lancelot, que estaba mirando hacia la zona de la piscina, con unos prismáticos, desde el interior de su cabaña, por una ventana lateral, se irguió vivamente.

—Fiuuuu —silbó bajito—. ¡Vaya negra!

La enfocó decididamente, abandonando por unos segundos la estrecha vigilancia ocular a que estaba sometiendo a los cinco negros que realmente le interesaban, los cuatro hombres y la muchacha. De modo muy natural, el viejo Obo Kenato había trabado ya «amistad» con los llamados Sesese Noto e Ito Nago, como si nunca se hubiesen visto antes, y se hubiesen conocido casualmente en el «Motel Arcoiris»; los tres compartían una mesa, bajo uno de los parasoles, y estaban tomando algo.

En otra mesa, la bella negrita Kana Mabaka departía muy lógicamente con el hombre que se había instalado con ella en la cabaña 4, seguramente inscribiéndose como marido y mujer; cosa que Lancelot no se había molestado en comprobar, ya que era absurdo comprometerse por averiguar cosas que no tenían importancia. Un hombre y una mujer comparten una cabaña: pues muy bien, eso es todo. Lo que le interesaba a Mark Lancelot de estos personajes no era, ciertamente, lo que pudieran hacer en la intimidad, sino lo que hacían fuera de la cabaña... A menos que WarMan los visitase en la cabaña, cosa que, hasta el momento, no había sucedido. ¿Cuándo y cómo haría WarMan contacto con cualquiera de los cinco personajes de Zamboku? ¿Cuál de ellos era el encargado de ese contacto, y, por tanto, tenía el cheque por doscientos cincuenta mil dólares, que pagaría los «servicios» del Hombre de la Guerra? No era mala argucia enviar cinco contactos, desde luego; sin embargo, no era probable que los cinco realizasen

el contacto con WarMan, sino que, precisamente, debían haber enviado cinco para complicarle las cosas a cualquier posible observador...

Pero volvamos a la negra recién aparecida, se dijo Mark Lancelot.

¡Vaya negra! Alta, esbelta, de cuerpo espléndido, largos cabellos suavemente ondulados, grandes ojos, boca en absoluto abultada, facciones increíbles en una negra... Bueno, habían muchas, muchísimas negras bellísimas, y allá tenía una, eso era todo... ¡Bellísima! Llevaba un albornoz cortito, de color púrpura, que dejaba al descubierto sus esbeltísimas piernas perfectas, fabulosas; y unos zapatos playeros de tacón alto, de ésos que las mujeres se ponen precisamente para que sus piernas aparezcan todavía más bonitas.

Sensacional.

Increíble.

Fastuosamente hermosa, demonios.

En el doble círculo de los prismáticos, Lancelot vio a la negra fastuosamente hermosa llegar junto a una de las mesitas situadas en el césped, cerca de la piscina. La negrita dejó la bolsa de paja en una de las sillas, bajo el parasol, sacó de ella un gorro de goma, también de color púrpura, y se lo puso, recogiendo cuidadosamente sus cabellos.

—Va a nadar un rato —musitó Lancelot—. Apuesto a que sabe tirarse magníficamente desde el trampolín. Bueno, ¿qué esperas, preciosa? ¡Quítate ya el albornoz, veamos qué tal estás de la parte superior...!

La negra se quitó el albornoz. Y Lancelot respingó, al ver el perfecto busto y las magníficas caderas; en pocas palabras: la negra recién aparecida estaba superior de la parte superior. Y la hermosura de sus piernas no estaba en desacuerdo con la hermosura del cuerpo, de ninguna manera. Un cuerpo reluciente, como de seda, y cubierto únicamente por un diminuto «bikini», también de color púrpura. Apoteósico.

—Bueno —bufó Lancelot—. ¡No me disgustaría nada meterme en la cama con esa negra! Apuesto a que ella podría darme algunas lecciones sexuales... ¡Vaya bocado!

Bueno, preciosa, ¿qué esperas? ¡Tírate ya a la piscina, que me

estás distrayendo!

Mark Lancelot se equivocó. La negra no se tiró a la piscina, sino que caminó hacia la playa, llevándose tras ella las desorbitadas miradas de la totalidad de los hombres que se solazaban en el «Motel Arcoiris», y, sin vacilaciones, se metió en el mar.

—Parece que le gusta la Naturaleza... Debe ser así, para haber desdeñado una piscina tan formidable.

Ya, sólo veía el gorro de goma de color púrpura, alejándose mar adentro, así que Lancelot regresó su línea visual a los personajes que tenía sometidos a vigilancia. Todo seguía igual. Se estaba aburriendo soberanamente.

Bajó los prismáticos, reflexionó durante un par de minutos, y acabó moviendo la cabeza con gesto de incertidumbre.

—Es más que posible que WarMan no aparezca —se dijo—. Todo ha sido demasiado fácil, así que quizá él haya comprendido que no le conviene presentarse en el motel... No me sorprendería nada que no viniese, desde luego.

Tomó la decisión de salir de su escondrijo. No le gustaba en absoluto hacer aquel trabajo, que él llamaba «trabajo de rata», porque siempre se hacía a escondidas, mirando siempre a todos, pero sin dejarse ver por nadie.

—¿Qué tal un bañito, camarada? —se sugirió a sí mismo.

Cinco minutos más tarde, Mark Lancelot aparecía en la zona de la piscina, en «slip» y medio arrastrando una toalla del motel. Se dirigió directo, sin la menor vacilación, a la mesa en la que estaba el bolsito de paja de la negra magnífica, y se sentó en la silla contigua a la que sostenía en el respaldo el albornoz color púrpura. Con toda naturalidad, Mark Lancelot abrió el bolsito de paja, encontró cigarrillos, y encendió uno.

Sabía que le estaban mirando, pero le tenía sin cuidado. Si había alguien en el «Motel Arcoiris» que tuviese la cara dura, ese alguien era él, Mark Lancelot.

Así que, fumando plácenteramente, se decidió a echar un vistazo. Esa mirada circunspecta de cualquier persona que llega a un sitio y mira a ver qué vecinos tiene. Caramba, desde la mesa de la negra tremenda se divisaba todo a la perfección, dominaba todo el terreno; ni hecho a propósito hubiese podido conseguir Lancelot un observatorio mejor.

Y desde tal observatorio, observó que todo seguía igual. Gente que conversaba, bebía, fumaba, nadaba en la piscina... Kana Mabaka y Abumbu Aba parecían plácidamente amodorrados. El viejo Obo Kenato conversaba con Sesese Neto e Ito Nago, con la vivacidad de personas desconocidas, pero sociables, y que han encontrado un tema interesante de conversación...

—¿Desea usted algo de mí, señor?

La voz sonó a la derecha y un poco detrás de Mark Lancelot. Una voz... musical. Una voz de melodía. Lancelot giró la cabeza, y vio a la negra de belleza fastuosa, que le contemplaba, entre sorprendida e irritada.

Se puso en pie rápidamente.

—¿Perdón, señorita...? —sonrió.

—¿Desea usted algo de mí?

—Pues... Bueno. —Mark sonrió de pronto—. ¿Es una oferta? Porque si lo es, puedo decirle muchas cosas que desearía de usted. ¿De verdad me complacería?

La negra parpadeó, desconcertada, pero una leve sonrisa pareció flotar en sus bonitos labios rosados.

—Escuche, señor, usted se ha sentado a mi mesa, se está fumando mis cigarrillos, así que...

Mark Lancelot se atragantó con el humo del cigarrillo, comenzó a toser, y, cuando consiguió recuperarse, tartamudeó:

—¿Su... su mesa y sus...?

Pe-pero

... ¡Cielos!

—Al parecer —acabó por sonreír la negra—, se ha equivocado usted.

—¡Vaya si me he equivocado! Pero la culpa no es mía, sino de este bolsito de paja —lo señaló sobre la mesa—. Estoy esperando a una amiga que tiene un bolso como ése, y al verlo sobre la mesa... Bueno, he pensado que ella ya había llegado, y... ¡Cielos, tiene usted que perdonarme, señorita!

La muchacha miró el bolsito de paja, miró de nuevo a Mark Lancelot, y asintió.

—Hay muchos bolsitos como éste, en efecto —aceptó—. Comprendo que se haya equivocado, señor. No tiene importancia.

—Gracias... Oiga, se me está ocurriendo una cosa: ya que yo me

estoy fumando sus cigarrillos..., ¿no me permitiría compensarla invitándola a tomar algo?

La negra miró durante unos segundos pensativamente a Marie Lancelot. Por fin, simplemente, se sentó frente al rubio, atractivo y simpático caradura, y éste volvió a ocupar su asiento; se quedó mirando el bello cuerpo, reluciente de agua de mar. Visto de cerca, era de una esplendidez abrumadora... La negra comenzó a sacudir las manos, y Mark la miró, intrigado.

—¿Qué hace? —se interesó.

—He olvidado una toalla, y estoy secándome las manos como puedo para fumar un cigarrillo.

—Ah... ¡Permítame ofrecerle la mía! —Lancelot la pasó por encima de la mesa, y sonrió—. Está limpia. No la he usado.

—Gracias —comenzó a secarse las manos la negra—. Es usted muy amable.

—Simplemente, no soy racista, ¿comprende? Por eso estoy en este motel.

—Lo mismo me pasa a mí: tampoco soy racista.

—Caramba —sonrió, desconcertado, Lancelot—, en su caso es natural, ¿no le parece?

—¿Por qué? —se sorprendió ella.

—Bueno...

—¿Usted cree que sólo los blancos pueden ser racistas, quizá? Yo creo que los negros también tenemos ese... derecho. Pero ya ve: los negros que estamos en este motel no lo somos, ya que permitimos que gente de raza blanca nos acompañe. Pero no se preocupe: ya le he dicho que yo no soy racista.

Mark Lancelot consiguió cerrar la boca, por fin, cuando la negra le devolvió la toalla. Luego, estuvo mirándola, fascinado, mientras ella encendía un cigarrillo. Y ya expeliendo el humo, la negra preguntó:

—La amiga que está usted esperando..., ¿es negra o blanca?

—Oh, pues...

—Bueno, ¿qué más da? Es una amiga, simplemente.

—Sí —asintió con entusiasmo Lancelot—. ¡Exacto, es una amiga, simplemente! —Bien— sonrió la negra—, ¿a qué va usted a invitarme, señor... señor...? Perdone, no recuerdo su nombre...

—Lancelot. Mark Lancelot.

—Ah. Yo me llamo Margo Jones... ¿Ha dicho usted Lancelot?

—Sí... Eso he dicho, sí.

—Es un nombre curioso, ¿verdad? Me suena, me suena... ¡Ya recuerdo! ¿No se llamaba así uno de los caballeros de la Tabla Redonda, o algo parecido, en tiempos medievales...? ¡*Sir* Lancelot, sí! Oh, fue un famoso y aguerrido caballero de las cruzadas, o algo así... ¿Verdad? —Pu-pues sí... Sí, eso es.

—¡A lo mejor, es usted descendiente de tan noble caballero! Claro que si es norteamericano... ¿O es usted británico?

—Británico... Eso es: británico. Estaba en las Bahamas aburriéndome como un tonto, y pensé que un cambio de ambiente podría... ser un buen remedio. ¡Y ya he empezado a dejar de aburrirme!

—¿Le gusta a usted el vodka?

—¿El vodka? —murmuró Lancelot—. ¿Por qué pregunta eso?

—Porque he pensado pedir un «vodkorange», y quizá usted desee otro. Ya sabe: vodka con jugo de naranja.

—Ah. Sí, tomaré un «vodkorange»... ¡Buena idea! Oiga, señorita Jones: ¿está usted sola en este lugar?

—Así es.

—Bueno, pues ya no lo está. *Sir* Lancelot se pone a su disposición..., si no le molesta.

—A mí, no —rió maliciosamente Margo Jones—, pero ¿qué dirá su amiga, *Sir* Lancelot?

—¿Quién?

—Su amiga. La del bolsito de paja como el mío. ¿Recuerda?

—Ah, sí. —Mark sonrió de oreja a oreja—. Bueno, espero que me perdone esa pequeña mentira. Ha sido todo una astuta estrategia para hacer contacto con usted.

—¿De veras? ¿Y para qué ha querido... hacer contacto conmigo?

—Pues es bien fácil de comprender; la vi, me gustó, y me dije: a esa chica la aburro yo con mi charla.

—No me está aburriendo —rió de nuevo Margo Jones—. Todo lo contrario... Me encanta su estrategia. Dígame una cosa: ¿es usted militar?

—¿Yo? —Se pasmó Lancelot—. ¡Vaya ocurrencia! ¿Cómo ha podido pensar eso?

—Bueno, como habla de «estrategia», y de «contactos»... Me ha

parecido un léxico poco corriente, la verdad. Pero no... Bien mirado, no creo que sea usted militar.

—¿Por qué no cree que yo pueda ser militar? —preguntó.

—Porque me parece usted... indisciplinado. Mejor dicho, un tanto... imprevisible, improvisador. Y los militares son gente muy seria y metódica, ¿no cree?

—Caray —se asomó de nuevo Lancelot—. Es usted muy inteligente, señorita Jones.

—Pero no adivina. ¿A qué se dedica usted, aparte de... contactar con chicas negras?

—Soy profesor de Matemáticas.

—¡No! —Se aterrorizó Margo—. ¡Dios bendito, no!

—Lo siento —se disculpó cómicamente Mark—. Ya sé que esto repele bastante a las jovencitas que todavía recuerdan sus malos tiempos de estudiante. ¿No le gustaban las Matemáticas?

—¡Las odio!

—Me parece que he echado a perder la tarde —farfulló Mark—. ¿A qué se dedica usted?

—Adivine, adivine...

—Mmmm... ¿Es usted reina de algún país africano?

—¡No! —rió la bellísima Margo.

—Veamos... ¿Sacerdotisa de vudú?

—Caramba, *Sir* Lancelot... ¡No!

—¿Actriz de cine?

—Bueno, ahora se acerca un poco más. Soy modelo, y no me disgustaría que alguien me ayudase a convertirme en estrella, desde luego.

—Modelo. Claro, ¡con ese cuerpo...!

—¿Qué le pasa a mi cuerpo?

—¿Se lo digo con toda claridad? ¿Le digo exactamente lo que pienso de su cuerpo?

—Si no recurre usted a expresiones groseras, puede decírmelo. ¡Es más, estoy deseando...!

—Perdonen... Perdona, señor Lancelot: ¿ha visto usted a mi esposo por aquí? —intervino una nueva voz, un tanto cansada.

Mark volvió la cabeza, y se puso rápidamente en pie. Margo miró a la mujer que había hecho la pregunta. Parecía tener unos sesenta años, era bajita, menuda, de bonitos ojos pardos, y piel que

se veía un tanto enrojecida por el sol. Sus cabellos eran casi completamente blancos.

—Pues no... Lo siento, señora Roark, pero no. Bueno, la verdad es que he llegado hace sólo unos minutos.

—Ah. Bueno, gracias... Siento haberles molestado —la señora Roark miró especulativamente a Margo, y luego sonrió—. Veo que sabe usted elegir bien, señor Lancelot: es una joven encantadora.

—Es la señorita Jones; acabo de conocerla. Señorita Jones, la señora Roark.

—¿Cómo está, señora Roark? —se interesó cortésmente Margo.

—Oh, muy bien, muy bien... Encantada, señorita Jones. ¿Me permite que le dé un consejo?

—Un buen consejo no puede perjudicar a nadie, señora Roark.

—En ese caso, se lo daré: guárdese de mi marido. Es todo un viejo verde sinvergüenza... ¿Sabe usted por qué estamos él y yo tomándonos unas vacaciones en este lugar?

—Pues no..., no lo sé.

—Porque a él le encantan los negros. Y especialmente, las negras... ¿La estoy molestando?

—¿Por qué? —se sorprendió Margo—. Soy negra, ¿no? Y si gusto a cualquier hombre, me siento satisfecha.

—Hijita, es usted demasiado hermosa para estar sola por aquí; en cuanto Benjamín la vea, se va a poner pesado de verdad. El cree que yo no me doy cuenta, pero se le salen los ojos de las órbitas cuando ve una negrita como usted. ¡Intentará conquistarla, ya verá!

—Será pasando por encima de mi cadáver —rió Lancelot.

—Bueno, no creo que mi pobre Benjamín llegue a tanto, pero le va a dar guerra a usted, señor Lancelot. Recuerdo que una vez... ¡Oh, les estoy aburriendo!

—De ninguna manera —rió Margo—. ¿No quiere sentarse, señora Roark?

—Lo haría con gusto, pero tengo que encontrar a Benjamín. ¡Me prometió llevarme de compras a Miami, y aunque esté usted aquí, va a tener que cumplirlo! Bien... Vaya, hasta otra. ¡Que se diviertan!

—Seguro que lo haremos —sonrió Lancelot—. Adiós, señora Roark.

El camarero llegó con las bebidas pedidas, las puso en la mesa, y

se retiró. Margo Jones bebió un sorbito, asintió con ademán complacido, y miró con gesto magistralmente casual a su alrededor. No dejó de mirar a nadie, y Lancelot, que se dio cuenta, preguntó:

—¿Busca usted a alguien?

—No, no... Simplemente, miro. Hay personas interesantes en este lugar.

—Por ejemplo, la señora Roark.

—Por ejemplo —asintió Margo, sonriendo maliciosamente—. Y también por ejemplo, una bella jovencita, de raza blanca, ojos azules, rubios cabellos, y bonito cuerpo... a la que me parece no le he caído bien.

—Hablando de cuerpos: creo que iba a decir lo que pienso del suyo.

—Ya me lo imagino. ¿Cómo se llama esa muchacha que me mira con incontenible irritación? Y no disimule, *Sir* Lancelot: sabe usted perfectamente a qué muchacha me refiero.

—Bueno... Quizá sea la señorita Lowell... Nos conocimos ayer, aquí mismo, estuvimos un rato charlando...

—Y ella está irritada conmigo porque esta tarde, por mi culpa, las cosas han sido diferentes. Usted le gusta a la señorita Lowell, sin duda.

—Eso me temo —murmuró Lancelot.

—¿Cómo, que lo teme? ¡Pero si es preciosa!

—Sí, sí, desde luego. Lo mismo piensa el señor Overol.

—No comprendo.

—Ya que ha mirado tan atentamente a su alrededor, habrá visto, sin duda, a un impresionante sujeto: más alto que yo, de unos cuarenta y cinco años, cabellos cortos y entrecanos, ojos negros, cara de muy mal genio y unos hombros descomunales...

—Oh, sí —rió Margo—. ¡Parece un luchador!

—¡Ése es! —Tragó saliva cómicamente Lancelot—. Caramba, le aseguro que no me gustaría disgustar a ese sujeto. Aunque me temo que ya lo he conseguido: ayer estuve simpático con la señorita Lowell, y a él no le gustó, estoy seguro.

—Bueno, usted tiene todo el derecho a...

—Espere. Yo creo que el señor Overol y la señorita Lowell se conocen de antes de venir aquí; algo debió pasar entre ellos..., y me temo que me di cuenta demasiado tarde, así que van a pillarme

entre dos fuegos. Lo peor de todo, en efecto, es que me parece que le caí bien a la señorita Lowell.

Margo Jones sonreía, divertida; y aún pareció más divertida cuando dijo:

—Tenía entendido que los caballeros de la Tabla Redonda no tenían miedo a nada, *Sir Lancelot*.

—Me habría gustado ver a uno de mis supuestos antepasados enfrentados al señor Overol y a sus conocimientos de lucha libre o algo parecido —masculló Lancelot.

—Por mi parte, me parece que tampoco saldría bien librada de un encuentro con la señorita Lowell: puesto que, según usted, es amiga o algo así del señor Overol, también ella debe saber lucha libre..., o algo parecido. —¡Pues estamos perdidos!

Se echaron a reír los dos.

—Bien —dijo luego Margo, tras otro sorbo de «vodkorange»—, supongo que nos veremos a la hora de la cena, *Sir Lancelot*...

—¿Se va ya?

—Quisiera escribir algunas tarjetas postales. Es una costumbre tonta, pero me hace ilusión. Procure no irritar demasiado al señor Overol.

—Haré lo posible por continuar con vida, a la hora de la cena... ¿En qué cabaña está usted?

—En ninguna. Pedí una al llegar, pero están todas ocupadas. Creo que mañana quedará libre una, y podré ocuparla.

—Si necesita algo de mí, estoy en la 6 —ofreció Mark.

—Lo tendré en cuenta. Gracias por su invitación..., y por su simpática charla. Hasta luego.

—Hasta luego —se puso en pie Lancelot.

Estuvo unos segundos mirando a Margo Jones mientras ésta se alejaba, poniéndose el albornoz sin dejar de moverse con un ritmo y una gracia exquisitas...

—¡Caramba, señor Lancelot! —Oyó pocos segundos después—. ¡Usted sí que sabe buscarse buena compañía!

—Se hace lo que se puede, señor Roark —contestó amablemente.

—Estaba paseando por la playa —explicó la señora Roark—. ¡No siempre ha de estar haciendo algo malo!

—¡Algo malo! —bufó el señor Roark—. ¿A qué llamas tú hacer

algo malo, querida Beatrice?

—Tú ya me entiendes —le miró ceñudamente ella—. ¡Y acabas de darme la razón, al fijarte en la señorita Jones!

—Mujer —protestó Ben Roark—. ¡No irás a negarme que es una escultura viviente! Y además, ¿qué tiene de malo mirar?

—¡Te conozco muy bien, Benjamín Roark! —le amenazó, con un dedo, Beatrice Roark—. Así que no intentes simular que... ¡Oh, tonterías! Tenemos que ir a Miami. Nos disculpa, ¿verdad, señor Lancelot?

—Por supuesto —sonrió Mark—. Espero que lo pase usted bien, señora Roark. En cuanto a usted, señor Roark, tengo entendido que en Miami las calles están llenas de jovencitas encantadoras.

—¿De veras? —exclamó Ben Roark—. ¡Vaya, menos mal...! De todos modos, yo diría que en este motel se ha reunido lo mejor, y que... Será preferible que dejemos el tema. Hasta luego, señor Lancelot.

CAPÍTULO IV

Bien situada tras las cortinas de una de las salidas a la terraza, la señorita Margo Jones estuvo no menos de una hora, después de despedirse de Mark Lancelot, mirando hacia la zona de la piscina, con unos pequeños gemelos de teatro. No alcanzó a ver el breve contacto entre Mark Lancelot y los Roark, pero sí estuvo luego observando a éste con suma atención, hasta que, tras un baño breve en la piscina, Mark regresó a su cabaña.

A partir de ese momento, Margo Jones estuvo estudiando al resto de las personas que permanecían en la piscina, enfocando sus pequeños gemelos de una a otra. Sucesivamente, en el doble círculo de los gemelos fueron ampliándose las imágenes de Overol, de la señorita Lowell, de Obo Kenato, Abumbu Aba, Kana Mabaka, Ito Nago, Sesese Noto... Y del resto de los presentes, cuyos rostros fue escrutando minuciosamente. Habían varios hombres de raza blanca, exactamente cuatro, aparte de Overol; un matrimonio joven de raza blanca; una mujer de unos cincuenta años, también blanca, que parecía estar sola... El resto de los clientes del «Motel Arcoiris» eran de raza negra. Contó hasta treinta y nueve personas, antes de aburrirse de tal actividad. No ganaba nada sabiendo cuántos negros había allí.

Ni pareció ganar nada, tras su vigilancia de una hora. Dejó los gemelos en el maletín que tenía abierto sobre la cama, y descolgó el comunicador directo con la cabaña-conserjería.

—Soy Margo Jones, «suite» 14... ¿Sería tan amable de enviarme una docena de tarjetas postales?

—Inmediatamente, señorita Jones.

—Gracias... Oh, voy a bañarme ahora, de modo que dejaré la puerta abierta. Por favor, dígame al botones que las deje sobre la,

cama.

—Así lo haremos. ¿Desea algo más?

—No, no, gracias. Ah, sí... ¿A qué hora comienza a funcionar el restaurante?

—A las siete y media. ¿Sabe dónde está, señorita Jones? Es la cabaña más cercana al club: la distinguirá inmediatamente porque es mucho más grande que las destinadas a alojamiento... Tenemos deliciosas especialidades.

—Estupendo —sonrió Margo—. De nuevo gracias.

Cortó la comunicación, y, en efecto, se dispuso a bañarse. Cuando terminó, encontró sobre la cama una docena de postales, de las que seleccionó unas cuantas, que, en efecto, se dedicó a cursar, sonriendo un tanto irónicamente.

Cuando finalmente miró su relojito, eran las siete y diez de la tarde. Dejó sobre la mesita de noche las postales no utilizadas, se puso un vestido de noche, corto y ligerísimo, y, ¡cómo no!, de color púrpura, y, tomando Tas postales escritas, abandonó la «suite».

Tres minutos más tarde, entraba en la cabaña-restaurant, y se dirigió directamente al pequeño bar ubicado en un rincón, donde vio un pequeño buzón de recogida de correspondencia. Algunas mesas comenzaban a ocuparse ya, y varias personas, elegantemente vestidas, tomaban el aperitivo, agrupadas ante la barra, servida por un joven, atlético y atractivo camarero negro, que sonreía simpáticamente. Margo deslizó las postales en el buzón. Luego, hizo una seña al camarero, que acudió prestamente.

—¿Si, señorita?

—Jugo de tomate natural, por favor.

—En seguida. ¿Sin especias?

—Jugo natural.

—Muy bien.

En el momento en que Margo se disponía a encender un cigarrillo, captó el acercamiento de alguien por su derecha. Volvió la cabeza y se quedó mirando a la bellísima joven rubia de ojos claros, que la miraba con cierta expectación. Margo sonrió levemente, por pura cortesía, y encendió el cigarrillo. Sabía que la totalidad de los hombres la estaban mirando, pero eso no la alteraba en absoluto.

—Perdone... Olvidé mis cigarrillos. ¿Sería tan amable de

invitarme?

Margo volvió a mirar a la muchacha, que se había acomodado en un alto taburete junto al suyo.

—Cómo no —sonrió, empujando hacia la señorita Lowell el paquete y el pequeño encendedor de platino y brillantes, que habían quedado sobre el mostrador, junto al bolsito de noche—. Sírvase.

—Gracias. Ha llegado usted hoy, ¿no es cierto?

—Sí. Esta tarde. Me habían hablado mucho del «Motel Arcoiris», y me estoy convenciendo de que tenían razón: es encantador.

—Se está muy bien aquí, en efecto. —La señorita Lowell encendió su cigarrillo—. Gracias. La vi antes conversando con Mark, y me pareció que... que ya eran amigos de antes.

—¿Mark...? ¡Oh, se refiere a *Sir* Lancelot! No, *no*... Es un hombre muy simpático. —Se echó a reír—. ¡Y bastante fresco! ¿Es amigo de usted, señorita...?

—Lowell; Amanda Lowell.

—Margo Jones —se presentó ésta.

—Encantada. Y... sí, en cierto modo, Mark y yo somos amigos. Aunque sólo le conozco desde ayer.

—Ah... Bueno, de todos modos, hay personas que simpatizan apenas conocerse. El señor Lancelot es de las que consiguen eso... Lleva usted un perfume delicioso, señorita Lowell.

—¿Le gusta? Me lo envió una amiga desde Nueva York. Su nombre es «Atlantis».

—«Atlantis»... Curioso nombre para un perfume. Pero supongo que no importa demasiado el nombre. Lo que importa es su... eficacia. Con un perfume así, una chica como usted puede conseguir que un caballero le regale hasta un yate.

Amanda Lowell se echó a reír.

—¡No pretendo tanto! —exclamó—. Me bastaría con que Mark se mostrase conmigo tan amable hoy como anoche... Oh, bueno, me refiero solamente a... a una amable conversación y...

—Entiendo —la miró Margo, con socarrona amabilidad—. Y no tengo la menor duda de que si el señor Lancelot huele su perfume, caerá rendido a sus pies, como dicen en las novelas cursis.

—Yo... había temido que esta noche ni siquiera se acercaría a mí. Bueno, lo que quiero decir... ¡Oh, Dios mío, ahí viene Gordon!

—¿Quién? —Pareció desconcertarse Margo.

—Gordon... Gordon Overol. Es... un antiguo amigo, con el que decidí romper hace unos días. ¡No sé cómo ha podido encontrarme! Me decidí por este motel, pensando que jamás se le ocurriría ni siquiera pensar en él, pero... ahí está.

Margo, que había lanzado una discreta mirada hacia Overol, volvió a mirar a Amanda Lowell.

—Es un hombre impresionante, pero no parece desagradable —opinó.

—Oh, no lo es, no... Pero todo terminó, y no consigo hacérselo comprender. Es un hombre importante, rico, influyente... Podría conseguir todo lo que quisiera, pero se ha empeñado en... ¡No sé lo que daría por perderlo de vista de una vez! O al menos, que me dejara en paz.

—Hola, Amanda —oyó Margo la profunda voz masculina, tras ella—. Buenas noches, señorita Jones.

La espléndida negra se volvió vivamente, y miró, sorprendida, a Gordon Overol, alto, macizo, sólido como una montaña, pero elegante con su esmoquin de chaqueta blanca.

—¿Sabe usted quién soy? —exclamó la negrita—. ¿Me conoce? ¿Nos hemos conocido antes?

—No, no... Bien, pregunté su nombre... Curiosidad. Espero que eso no le haya molestado.

—Claro que no.

—Lo celebro. Amanda, quisiera que...

—Tengo algo que hacer —murmuró Amanda Lowell, alejándose rápidamente.

Gordon Overol pareció quedar como clavado al suelo, hosco el gesto. En ese momento, el camarero depositaba la copa con jugo de tomate frente a Margo. Overol miró a ésta, y murmuró:

—Discúlpeme...

La esbelta mano de Margo se posó en un antebrazo de Overol.

—¿No le gustaría tomar un jugo de tomate, señor...? Oh, me parece que ignoro su nombre. ¿Lo ha dicho?

—Gordon Overol. Discúlpeme, señ...

—¿Tiene usted prisa? —sonrió Margo, sin soltarle el brazo—. Me pareció que aquí nadie tenía prisa, que todos estábamos de vacaciones... Y si está usted en este motel, señor Overol, es que no

le fastidian o disgustan los negros, ¿verdad? —Claro que no— la miró sorprendido Overol. —En ese caso..., ¿por qué desprecia mi compañía?

—¡No estoy haciendo semejante cosa!

—Pero pretende dejarme sola. ¿Sabe, señor Overol?: desde que llegué y le vi, me estoy preguntando cosas sobre usted.

—¿De veras? —Pareció interesarse Overol, mirándola expectante—. ¿Qué cosas se pregunta?

—Por ejemplo: ¿a qué se dedica un hombre como usted? Claro, no puedo admitir que sea un luchador. ¿O sí lo es?

—¿Un luchador? —comenzó a sonreír Overol.

—Tiene usted una constitución... terrible. ¡Debe ser un hombre muy fuerte! Y con ese cabello cortado casi a cepillo..., ¿sabe qué me recuerda usted?

—No... ¿Qué le recuerdo?

—¡Un gladiador! Un gladiador romano, claro está, dispuesto a enfrentarse con tigres y leones en el Coliseo romano... ¿Ha estado usted en Roma, señor Overol?

Gordon Overol, cuya expresión había ido cambiando, sonrió de pronto, y se acomodó en el taburete que había dejado libre Amanda Lowell.

—Nunca —negó—. ¿Usted, sí?

—¡Por supuesto! ¿De verdad no quiere tomar el aperitivo conmigo, señor Overol? —¿Quién ha dicho eso? ¡Lo haré, encantado...! ¿De modo que ha estado usted en Roma?

—Pues sí. Fue un viaje delicioso, que...

Mark Lancelot entró en aquel momento en el restaurante. Casi tropezó con Amanda Lowell, al tiempo que veía ante el bar a Margo Jones conversando con Gordon Overol, que parecía muy interesado y a gusto en compañía de la negra...

—Hola, Mark —saludó Amanda—. Te estaba esperando.

—Hola —sonrió Lancelot—. ¿Me esperabas?

—Pensé que podríamos cenar juntos.

Lancelot miró hacia el pequeño bar, miró de nuevo a Amanda, y sonrió cautivadoramente.

—Es una excelente idea... ¿Puedo decirte que estás preciosa?

—¡Deseo que me lo digas! —exclamó jubilosamente Amanda, tomándose de su brazo.

—Pues ya lo he dicho. ¿Quieres tomar algo antes de...?

—¡No! No, no... Prefiero que vayamos directamente a una mesa.

—Como gustes.

Se dirigieron a una de las mesas pequeñas, colocada junto a una ventana baja, de modo que se podía ver la playa. Fueron saludando a unos y a otros, muy corteses. El ambiente era muy grato, discreto, suave... Cuando se sentaron, Amanda se quedó mirando a Lancelot, y por fin, murmuró:

—Estás muy guapo.

El británico la miró, sorprendido. Pero en seguida pareció divertido.

—¡Muchas gracias! —rió—. Pero debe ser la ropa: no acostumbro vestirme con tanta seriedad, sólo para mover las mandíbulas. De todos modos, me gusta variar... ¡Cielos, ahí llegan corriendo los Roark! ¡Espero que no se sienten demasiado cerca!

—¿Por qué? ¡Son muy educados!

—Ah, eso sí. ¡Pero hablan, y hablan, y hablan...!

Efectivamente, acababan de entrar Ben y Beatrice Roark, con gesto apresurado. No se sentaron cerca de Mark y Amanda, pero tampoco tan lejos que no pudieran éstos oír sus explicaciones sobre la «excursión» a Miami, donde, al parecer, la señora Roark se había lanzado a gastar dinero de un modo alocado, lo cual parecía divertir a la pareja de negros que ocupaban la mesa próxima a los Roark, y que los escuchaban con cortés atención...

Mark Lancelot paseó la mirada por el restaurante. Allí estaba también el viejo Obo Kenato, cuya amistad con Nago y Noto parecía ir por muy buenos derroteros... Segundos después que los Roark, entraron Abumbu Aba y Kana Mabaka, que fueron a sentarse precisamente a la mesa más cercana a la de Lancelot, ante otra ventana, dispuestos a contemplar románticamente el mar...

—Mark.

—¿Eh? ¿Qué...? Perdona, Amanda: ¿qué decías?

—Decía que en mi cabaña tengo champaña. Encontré una botella en el refrigerador, cuando llegué al motel..., y todavía está allí.

—Yo también encontré una —sonrió Lancelot—; pero me la bebí anoche mismo.

—¿Tú solo? —Abrió mucho los ojos Amanda.

—Me pareció mal desdeñar el obsequio de la dirección del motel, y me bebí más de la mitad. ¿Solo? Naturalmente. Mmm... ¿Te gustaría cenar langosta? Con champaña, por supuesto. ¿Te parece bien que pida una botella?

—De acuerdo —asintió Amanda, muy brillantes los ojos—, siempre y cuando más tarde me permitas que sea yo quien te invite a ti a champaña...

* * *

—Pasa —murmuró Amanda, tras abrir la puerta de su cabaña, y encender la luz.

—Es muy tarde ya —murmuró también Mark—. ¿Estás segura de que quieres que entre?

Ella le empujó suavemente, entró tras él, y cerró la puerta.

—Precisamente porque es ya tan tarde, creo que debes entrar —dijo, ya frente a él, muy cerca—. Es evidente que no piensas salir esta noche, y te aburrirías en el club, pues ya no queda nadie allí, todos se han retirado a descansar.

—Excepto tu furibundo adorador, el forzado señor Overol.

—El cual —rió quedamente Amanda—, parece encantado con la compañía de la bella Margo Jones. Parece que se entienden muy bien, ¿verdad? Han cenado juntos, han ido al club a tomar una copa... Pienso que quizá terminen la velada como nosotros.

Por un instante, Mark Lancelot frunció el ceño. Para su propia sorpresa, le molestó extraordinariamente la idea de que Overol pasase la noche en la cabaña de Margo Jones. Sí, le molestó mucho, muchísimo, pero dijo, consiguiendo una rápida sonrisa.

—Bueno, cada persona tiene derecho a elegir lo que más le gusta, supongo. Espero que tu champaña esté fresco. Tomaremos una copa y nos diremos adiós... ¿De acuerdo?

Amanda Lowell le miró, entre sorprendida y desilusionada. Pero no iba a darse por vencida tan fácilmente... De pronto, se colgó del cuello de Lancelot, y su boca buscó la del británico. En el acto, éste notó la fresca ternura de la boca de la muchacha, y, en su pecho, el contacto turgente de los senos de ella, que se aplastaron dulcemente contra sus duros músculos pectorales...

Mientras besaba los labios de Amanda Lowell, Mark Lancelot

tuvo un montón de pensamientos, que cruzaron por su mente, fugaces y veloces como estrellas... ¿Realmente se habían retirado por aquella noche Obo Kenato y los demás? ¿Todavía no iba a producirse el contacto? ¿Qué demonios pretendía *exactamente* Amanda Lowell? ¿En verdad Margo Jones se retiraría a su cabaña con Overol..., o se despediría de éste y buscaría otros contactos...?

Amanda separó su boca, sonriendo.

—Puedes poner música, si quieres —susurró—. Ya sabes cómo funciona la instalación, ¿no?

—Claro. Debe ser idéntica a la de mi cabaña.

—Voy por el champaña...

Amanda se dirigió hacia el fondo de la cabaña. Lancelot estuvo mirándola, y luego, cuando ella hubo desaparecido, se volvió y apagó la luz del vestíbulo, que era a la vez salón. Se acercó a una ventana, ya sin temor de que desde fuera pudieran verlo, y se quedó mirando hacia la cabaña-club. En el silencio, llegaba desde allí una suave música. Ya no había nadie en la piscina, y prácticamente, nadie en la zona con porche... Prácticamente nadie, pero no nadie: Margo Jones seguía allí, sin duda, con Overol...

«¿Y si mientras yo estoy aquí, como un tonto, WarMan está moviéndose ahora por ahí fuera? —reflexionó Lancelot—. Puede ir a cualquiera de las tres cabañas para llegar a un acuerdo con los negros, y cobrar sus doscientos cincuenta mil dólares... Tendría que estar ahí fuera, vigilando».

Pero, al mismo tiempo, la idea le hizo estremecerse. Estaba demostrado hacía tiempo que WarMan no era precisamente un tonto. Quizá lo hubiese detectado a él, y estuviese esperando una oportunidad para quitarlo de en medio, antes de contactar con los cinco negros... Negros. Demasiado negros. ¿Y Margo Jones? ¿Podía ser una mujer la que...?

Oyó el tintineo de cristal, y se volvió. La iluminación del exterior, distribuida en los floridos paseos del motel, penetraba por las ventanas suavemente. A este resplandor distinguió el brillo de una copa, y la silueta de Amanda. Oyó su voz:

—¿No pones música?

—Hay tanto silencio, que se puede oír la del club —murmuró Mark—. Pero si quieres...

—No, no, si a ti te gusta así. ¿Vienes?

Vio la silueta de Amanda acercándose al centro del saloncito, el brillo de copas y botella. Sin encender la luz, se acercó, y se sentó en el sofá. Estaba oyendo el sonido del champaña al caer en una de las copas cuando, de pronto, se dio cuenta de que Amanda Lowell estaba completamente desnuda. Se quedó inmóvil, aspirando hondo en silencio, captando el delicado perfume de la muchacha... Era un perfume caro, y de buen gusto, sin duda.

La mano de Amanda apareció ante sus ojos, sosteniendo la copa.

—Es encantador que hayas apagado la luz, Mark —susurró ella.

Mark Lancelot no contestó. Bebió un sorbo de champaña, cautelosamente. Estaba frío, delicioso. Dejó la copa, y oyó frente a él un roce como de seda... No. No era de seda: era el roce de los muslos de Amanda al caminar hacia él. Percibió su perfume con más intensidad. Unas manos frescas y finas se posaron en sus mejillas; luego, pasaron a la nuca, y atrajeron su cabeza... Mark notó en su rostro el contacto de la seda del vientre de Amanda, oyó el suspiro de ésta, se estremeció cuando sus finos dedos se hundieron en sus cabellos...

—Mark —tembló la voz de la muchacha—. Mark, Mark...

Lancelot se puso en pie, deslizando sus labios por el vientre y luego por los senos de Amanda, después por el cuello..., hasta que llegaron a la boca. Deslizó sus manos por las caderas femeninas, las pasó a la espalda... Ella se estremeció entonces, y aún se estremeció más cuando, mientras la besaba profundamente, Lancelot subió las manos para posarlas en los turgentes y frescos senos erguidos, que estuvo acariciando hasta que...

—Amanda separó su boca, y jadeó: —Mark... Por favor...

Ella tiró de las manos de él, pero manteniéndolas apretadas contra sus senos ahora aún más turgentes, como más plenos. Mark Lancelot cedió a la tracción, y en un instante ambos estuvieron tendidos en el sofá. Lancelot se tensó cuando notó la íntima caricia de la mano de ella, y acto seguido, su gesto guiándolo... Muy bien.

Mark Lancelot atrapó con sus duros labios los tiernos y tremolantes de Amanda Lowell, y al mismo tiempo, aceptando la petición de ella, se posesionó del cuerpo de la muchacha completamente, totalmente...

CAPÍTULO V

—¿Nos veremos mañana? —preguntó Gordon Overol.

—Por supuesto que sí —murmuró Margo.

El fornido sujeto asintió con un gesto, mientras Margo sacaba la llave de la puerta de su «suite». Hecho esto, ella se volvió a mirarlo, y sonrió.

—Buenas noches, Gordon.

—¿Estás segura de que no quieres que entre? —Casi gruñó él.

—Esta noche, no. De verdad. Estoy cansada... Últimamente, he estado trabajando mucho, viajando por todo el país presentando colecciones de modelos. Hoy es mi primer día de vacaciones, y me gustaría descansar a fondo.

—Como quieras.

Gordon Overol se inclinó hacia los labios de Margo, que no rehuyó el beso en absoluto, sino que lo devolvió dulcemente. Pero lo cortó cuando las manos de Overol se posaron sobre sus tensos pechos, casi descubiertos bajo el profundo escote.

—No, por favor... Hoy, no.

Overol no contestó. Con hábil gesto, hizo que los senos de la hermosa negra desbordaran el escote, quedando a la vista completamente. Estuvo unos segundos mirándolos, fascinado... Cuando alzó la mirada de ellos, captó en los negros ojos de Margo Jones una cierta impaciencia, y hasta un visible disgusto.

—De acuerdo —sonrió Overol—. Lo dejaremos para mañana.

—Será mejor, querido.

El atleta se inclinó, besó los sedosos pechos, que le parecieron de puro caucho, tal era su plenitud y consistencia, y acto seguido, sin volver a mirar a Margo, giró, se irguió, y se alejó por el pasillo. Todavía con los pechos al aire, Margo Jones permaneció inmóvil

ante la puerta de su «suite», escuchando los pasos de Overol en el tramo de escalones, descendiendo hacia el vestíbulo del edificio. Oyó el chasquido de la puerta de éste al cerrarse... Por fin, Margo ocultó con un elegante gesto sus senos, abrió la puerta de la «suite», y entró, encendiendo la luz... a tiempo todavía de ver llegar al suelo un diminuto trozo de papel blanco, que caía revoloteando, tras haberse desprendido del marco y la puerta al abrir ésta.

Es decir, que o no había entrado nadie en su «suite», o sí había entrado alguien era sumamente observador, y no poco experto en situaciones semejantes. O sea: un peligroso adversario.

Las fosas nasales de Margo se dilataron varias veces, como una gatita olfateando... No, no olía a nada ajeno a ella. Nada que pudiese ser captado por su fino olfato, al menos.

Miró su relojito de pulsera, frunció ligeramente el ceño, y llegó a una decisión:

—Me concederé media hora... Espero que será suficiente.

Media hora más tarde, ataviada ahora con una corta falda y un jersey de tono oscuro, Margo Jones salía de su «suite» al pasillo. El silencio era total. Bajó al vestíbulo, y estuvo un par de minutos atisbando hacia el exterior, a través de la puerta de cristal. Ya se habían apagado las luces del club. Todo era quietud..., o lo parecía.

Salíó del edificio, y se encaminó decididamente hacia el club. Llegó allí, estuvo mirando la piscina, el brillo de la espuma del mar cercano... Esperó el tiempo suficiente para ser vista por cualquiera que estuviese paseando por allí..., y poder ver ella a ese posible paseante nocturno, pero no había tal.

Había que decidirse.

Y se decidió. Comenzó a alejarse de la zona del club, entre las palmeras y los arbustos de flores. En menos de un minuto estuvo frente a la puerta de la cabaña seis, donde, según todos los indicios, no debía haber nadie, puesto que Amanda Lowell se había mostrado muy tenaz aquella noche... Seguro que *Sir* Lancelot debía estar pasándolo estupendamente, el muy... sinvergüenza.

Con una pequeña gonzúa, Margo Jones abrió la puerta de la cabaña, en menos de diez segundos. Entró, y en seguida, de su mano derecha brotó un delgado rayo de luz, hacia el suelo. Sólo necesitaba ver por dónde caminaba. Lo demás, si había algo en verdad importante allí dentro, debía estar en el dormitorio.

Entró en éste, cerró la puerta, se aseguró de que las persianas de la ventana quedaban bien cerradas, y entonces dirigió el delgado rayo de luz a su alrededor. Optó en seguida por el armario. Se acercó a éste, y probó con exquisita suavidad el pomo de una de las puertas... Cedía normalmente. Comenzó a tirar con decisión de la puerta...

Margo Jones tenía un oído finísimo, supersensible.

Tanto que, en el mismo momento en que comenzaba a tirar de la puerta, oyó al otro lado de ésta, esto es, dentro del armario, un sonido indefinible. Inmediatamente, dejó caer la linterna, y puso las palmas de las manos ante la puerta, como queriendo empujarla...

No llegó a tiempo de cerrarla, pero cuando la puerta se abrió violentamente, paró el golpe casi completamente con las manos, en lugar de hacerlo con la cara, como habría ocurrido de no haber reaccionado con tanta velocidad de reflejos. De todos modos, el golpe no fue precisamente flojo: sus manos se incrustaron en su rostro, y retrocedió, casi perdiendo el equilibrio...

Casi.

La persona que, desde dentro del armario, había empujado con tanta fuerza la puerta, debía haber hecho sus cálculos sobre el resultado del golpe; un resultado lógico, por otra parte: impacto en el rostro, intenso dolor, pérdida total del equilibrio, caída al suelo...

Sólo que Margo Jones no cayó al suelo, y cuando la oscura figura salió del armario, ya con el gesto de lanzarse sobre ella, guiada aunque sólo fuese por el gemido de dolor y el rumor del cuerpo al caer, se encontró con la no menos negra figura femenina de pie, y ya separando las manos del dolorido rostro.

Al levísimo resplandor de la pequeña linterna caída en el suelo, el hombre que salió del armario vio el brillo de la carne de Margo como un relámpago en su negra piel... Un instante más tarde, recibía un fortísimo *ura tsuki* de karate en el centro del pecho, que le hizo lanzar un resoplido de dolor y lo empujó de nuevo hacia el interior del armario, donde cayó sentado, revuelto con algo de ropa.

Mientras tanto. Margo se subió la corta falda, llevó la mano derecha entre los muslos, y sus dedos comenzaron a tirar de la pequeña pistola que llevaba sujeta en uno de ellos con esparadrapo. Tenía ya la pistola, y comenzaba a encararla hacia el armario, cuando el hombre salía como disparado desde dentro, inclinado,

con la cabeza por delante.

El impacto fue tremendo, justo cuando la pistola estaba ante el vientre de Margo, en el que el arma se hundió, empujada por la cabeza del hombre. Los dos lanzaron un gemido de dolor, y esta vez sí, Margo cayó sentada, perdiendo la pistolita, que rebotó contra el suelo con escaso ruido, pero que allí dentro pareció un gran estrépito.

El hombre se sobrepuso rápidamente del dolor en su cabeza, y cayó sobre Margo, consiguiendo un cuerpo a cuerpo total. Quedó sobre ella, encontró en la oscuridad apenas disipada por la pequeña linterna las muñecas de la hermosa negra, y su cuerpo aplastó contra el suelo el de ella. Un cuerpo grande, sólido, fuerte. Un cuerpo negro. Por encima de la cabeza de Margo relucieron las blancas córneas de los ojos, desorbitados por el esfuerzo y la tensión de la situación.

El hombre barbotó algo que Margo no pudo entender, y su cabeza bajó hacia la de ella.

Un estremecimiento de espanto recorrió el cuerpo de la bella negrita al comprender lo que el hombre se proponía: morderla. Quería morderla mientras le sujetaba las manos... ¡Quería morderla en el cuello, ya fuese para privarla del conocimiento o para matarla partiéndole la yugular!

Los blancos dientes del hombre negro llegaron al cuello de Margo, que notó en primer lugar la humedad de la abundante saliva. Conteniendo apenas un grito asustado, Margo se movió frenéticamente, alzando su vientre con violencia, y por un instante el hombre quedó en el aire, como un vaquero despegado del lomo del caballo que pretende domar. Pero echó de nuevo todo el peso sobre el vientre de Margo, y su boca volvió a lanzar el feroz mordisco..., en el momento en que la joven conseguía girar hacia un lado y soltaba una de sus manos.

La boca del hombre pasó rozando su cuello, y los dientes sonaron contra el suelo. Margo deslizó su mano libre entre su cuerpo y el del hombre, llegó a los genitales, y se crispó allí, en busca de la presa; en un instante supo que había asido los testículos, y sin más, apretó con todas sus fuerzas.

Un alarido mal contenido, tremolante, brotó de la ya maltratada boca del negro, que inmediatamente soltó el otro brazo de Margo y

se llevó las manos hacia las ingles; manos que llegaron cuando Margo, que había completado mejor su presa en los testículos, volvía a apretar, ahora con más fuerza y precisión.

Esta vez fue un extraño sonido gutural lo que brotó de la boca del hombre, que, tras tensarse fuertemente, se relajó, y quedó tendido a medias sobre el cuerpo de Margo, a medias en el suelo. Margo giró, saliendo de la comprometida situación, y mirando con expresión desorbitada hacia el suelo. Vio la pistolita, y se deslizó hacia ella arrastrándose, más bien reptando. Sus dedos palparon allá donde había visto el brillo metálico, recuperaron la pistola, y la dirigió inmediatamente hacia el hombre negro..., que no se movía. No se movía. No se movía.

Jadeando, Margo se quedó en aquella posición, apuntando la oscura masa tendida en el suelo..., que seguía inmóvil. En el dormitorio resonaba claramente el jadeo de la espléndida negra... Sólo su jadeo. Ningún sonido más.

Durante casi medio minuto, la situación permaneció así. Luego, Margo se colocó de rodillas, y de este modo se acercó al hombre... Estuvo unos cuantos segundos mas observándolo. Lo iba viendo mejor, ya acostumbrados sus ojos a la escasa iluminación de la pequeña linterna. Margo la cogió, y dirigió de lleno la luz al rostro del hombre; éste yacía de bruces, con las manos metidas hacia las ingles por debajo del cuerpo, y su mejilla derecha se apoyaba en el suelo... La luz se reflejó en los desorbitados ojos del negro, en su gran boca hermosa y fuerte, abierta en un crispado gesto de agonía.

Dejando de nuevo la linterna en el suelo, Margo adelantó la mano hacia el rostro del negro; tocó con dos dedos un lado del cuello, en busca de un latido.

Nada.

No había latido. No había nada. Ni siquiera vida.

Margo se sentó en el suelo, se relajó, y soltó un suspiro. Bueno, realmente, los hombres tienen en su cuerpo unos puntos muy vulnerables... Se quedó mirando el rostro del negro. Era Abumbu Aba, el que compartía su cabaña con la negrita Kana Mabaka... ¿Dónde estaba ella? ¿Y... qué hacía allí, en la cabaña de Mark Lancelot, el apuesto Abumbu Aba?

La primera pregunta podía ser fácil de responder: Kana Mabaka, simplemente, debía estar en su cabaña, esperando a Abumbu Aba...

La segunda pregunta ya no era tan fácil de responder, pero, fácil o no, tenía que existir una respuesta.

¿Había ido a buscar algo Abumbu Aba? Y si así era ¿lo había encontrado ya cuando ella llegó?

Colocó bien la linterna, y procedió a registrar al negro. No, no había encontrado lo que había ido a buscar a la cabaña de Mark Lancelot, por la sencilla razón de que no llevaba nada encima: ni documentos, ni dinero, ni llaves... Absolutamente nada. Ni siquiera una pistola, lo cual sorprendió no poco a Margo. ¿Se había atrevido Abumbu Aba a entrar en la cabaña de un hombre como Lancelot, desarmado? Bien, quizá el negro sabía que Lancelot estaba muy ocupado con Amanda Lowell, así que no temía ser descubierto...

¿Qué había ido a hacer Aba a la cabaña seis?

Margo tomó la linterna, se puso en pie, y se dedicó a examinar el armario de Lancelot. Un par de trajes, camisas, ropa interior, zapatos... Palpó las ropas, pero no parecía que hubiese nada en ellas, ni entre las costuras. Vio la maleta, la sacó del armario, y la depositó sobre la cama. La abrió. Estaba vacía... Los dedos de Margo recorrieron todo el interior de la maleta, palpando con delicadeza... No. No había ningún doble fondo.

Colocó la maleta donde la había encontrado, y de nuevo revisó las ropas y el armario. Nada. Indudablemente, Mark Lancelot debía tener una documentación, seguramente un pasaporte británico, pero era evidente que lo había dejado en la dirección del motel.

Bien. Margo había hecho lo que se había propuesto, al introducirse en la cabaña seis, esto es, buscar algo relacionado con Mark Lancelot. Y no había encontrado nada. Abumbu Aba tampoco había encontrado nada..., salvo la muerte.

Tras breve reflexión, Margo Jones llegó a la conclusión de que no le convenía en absoluto salir de allí cargada con el cadáver de Abumbu Aba, de modo que tenía que encontrar otra solución. Y la encontró, por supuesto. Podía esconder el cadáver debajo de la cama, y esperar los acontecimientos. Tal vez Lancelot se pusiera en evidencia, cuando encontrase el cadáver... Aunque, ¿era conveniente que lo encontrase?

Los pensamientos pasaban como relámpagos por la mente de Margo Jones. Finalmente, tomó una decisión: encontró algodón en el cuarto de baño, y procedió a taponar con él las fosas nasales y la

boca de Abumbu Aba; con esto, evitaría que el olor a descomposición comenzase a sentirse demasiado pronto.

Luego, arrastró el cadáver hacia la cama, alzó el borde de la colcha, y comenzó a empujar al negro... No. Era mejor meterse ella debajo de la cama, y tirar de él arrastrándolo, que empujarlo, pues al hacer esto parecía que el cadáver se adhiriese al suelo. Así que se metió bajo la cama..., y en seguida su cuerpo tocó algo que había allí. Lo notó en un muslo. Desplazó lentamente una mano, y palpó aquello... No sabía qué era... Era algo frío, duró... ¿Metal, cristal, plástico...?

Salió rápidamente de debajo de la cama, recuperó la linterna, que había quedado en el suelo cerca de Aba, y volvió al lugar, con el delgado haz de luz por delante.

Ahora sí.

Ahora, apenas ver aquello, supo lo que era: una carga de plástico, a la que habían conectado un mecanismo. Pero no un mecanismo de tiempo, no un clásico reloj, sino un detonador que actuaría por radio, a distancia. En alguna parte, Abumbu Aba debía haber dejado el emisor de ondas que haría explotar la carga... cuando él quisiera. Y si esto era así, el emisor mortal estaba ahora, lógicamente, en manos de Kana Mabaka, que debía estar esperando a Aba.

Margo estuvo unos segundos contemplando, con expresión desorbitada, el pequeño y mortal artefacto. Si explotaba en aquel momento, no quedaría de ella ni la dentadura. Pero no, Kana Mabaka no haría funcionar el emisor de ondas, sabiendo que Abumbu Aba estaba allí dentro... ¿Sabía también que ella había entrado en la cabaña seis? ¿O no sabía nada, porque se había quedado en su cabaña, esperando a Aba?

Margo dejó la linterna en el suelo, y tomó delicadamente la carga, con sus esbeltos, elegantes dedos; estuvo estudiándola durante un minuto, tensos todos los músculos... Por fin, procedió a intentar la desconexión del detonador. Con exquisita delicadeza, fue maniobrando en busca del contacto, y, de pronto, cerrando los ojos, dio un tirón.

No pasó nada.

Margo lanzó un suspiro, dejó a un lado el detonador desconectado, y se pasó una mano por la frente, en la que habían

unas gotitas de sudor. ¡Aquél sí había sido un mal rato...!

Atrajo el cadáver de Abumbu Aba debajo de la cama, salió deslizándose por el otro lado, se puso en pie, y dirigió la luz alrededor. Pero ya no valía la pena complicarse la vida buscando nada de Mark Lancelot, pues si éste disponía de algo importante, debía tenerlo completamente a salvo. Y por otro lado, sabía que Abumbu Aba no había ido a buscar nada, sino a dejar la carga de explosivo plástico.

—Muy bien —reflexionó Margo—. ¿Qué tal le sentaría ahora a la linda Kana Mabaka una visita... de cortesía?

Salió del dormitorio, fue hacia la puerta de la cabaña cruzando el salón... No. Nada de salir por la puerta. Era una locura... Dio media vuelta, regresó al dormitorio, abrió la ventana, y saltó ágilmente al exterior, cayendo acuclillada, flexionadas las piernas...

Por encima de su cabeza, algo crujió con seco chasquido, y detrás, en la pared de la cabaña, se produjo el impacto, al mismo tiempo que por delante el finísimo oído de Margo captaba el «plop» del disparo efectuado con silenciador... Esto, en un instante, durante el cual la bala rebotó hacia el cielo, y algo salpicó en la espalda de Margo, clavándose allí como diminutos alfileres. Al instante siguiente, y cuando sonaba en alguna parte del silencioso lugar otro «plop» inconfundible, Margo Jones había saltado ya hacia su derecha, rodó por la hierba que rodeaba la cabaña, quedó de nuevo en cuclillas, y sin transición, saltó, como una graciosa rana, hacia un arbusto de flores...

¡Ffffsssh...!, sonaron algunas hojas y flores, al ser rasgadas y perforadas por la tercera bala.

CAPÍTULO VI

Todavía estaban moviéndose algunas ramitas cuando Margo Jones introdujo la mano derecha entre ellas, apuntó hacia donde le pareció que había oído los chasquidos de los amortiguados disparos, y apretó el gatillo de su pistolita silenciosa.

Plof, chascó el arma.

Frente a ella, a una distancia que no pudo calcular, sonó un fuerte respingo, y Margo Jones volvió a disparar... Más allá sonó ahora un contenido quejido de dolor. Sin vacilar, Margo retrocedió, saliendo del macizo de flores, dispuesta a alejarse de éste, describiendo un amplio arco para buscar la espalda de su adversario... Y algo crujió secamente por encima de su cabeza.

Se dejó caer de rodillas, conteniendo apenas un grito de sobresalto al comprender lo que sucedía: ¡la habían atrapado entre dos fuegos!

Sus reflejos volvieron a actuar velozmente; no intentó correr, sino que se tendió de bruces y rodó, como lo haría un tronco en dirección a una palmera. Al llegar junto a ésta, se puso en pie de un agilísimo salto, y justo cuando quedaba detrás de la palmera, otra bala la buscó; impactó en la palmera, arrancó corteza, y se perdió emitiendo un agudo tañido; de rebote..., y aún se estaba oyendo el rebote cuando Margo había saltado de nuevo, en busca de otro macizo de flores, comprendiendo que la palmera dejaría de ser eficaz, si uno de sus enemigos se desplazaba. En cambio, entre un arbusto, quedaría oculta a la vista de los tiradores completamente, y era de esperar de la cautela de éstos que no disparasen al azar, exponiéndose a delatarse, sin ver, en cambio, dónde estaba exactamente ella...

Metida en el arbusto, Margo Jones quedó inmóvil, tensa, atento

su oído a cualquier rumor.

Pero ya no se produjo ningún rumor.

No se oía nada.

Los minutos comenzaron a pasar. Veinte minutos más tarde, todo seguía igual. Y treinta minutos más tarde. Y cuarenta. Y sesenta. Margo se había sentado, recogidas las piernas, a estilo árabe. Por entre los ramajes veía la cabaña de Mark Lancelot... Eso era todo.

* * *

—¿Por qué tienes que irte? —protestó Amanda.

—Porque tienes sueño —rió él, quedamente.

—Es cierto —rió también ella, abrazándose a su cuello—. Pero puedes quedarte a dormir aquí. Podemos dormir los dos Juntos, Mark.

—Eso tiene un pequeño riesgo —murmuró él—: si nos quedamos dormidos hasta tarde, alguien podría verme salir de tu cabaña, ya de día... Y no hay necesidad de dar publicidad a esto, ¿no te parece?

—Tienes razón —admitió ella; le besó en los labios larga y dulcemente, y luego susurró—. Espero que no te separes de mí en todo el día, y que la próxima noche también vengas aquí... a beber champaña.

De acuerdo —la besó él en los senos—. Pero la próxima noche, yo pagaré el champaña.

Se besaron de nuevo. Luego, se oyó el rumor de Mark Lancelot al ponerse en pie, y acto seguido el de sus ropas. Ya vestido, el británico se inclinó de nuevo sobre la muchacha, cuyo hermoso cuerpo desnudo relucía como una mancha de plata. Un último beso en los labios y una caricia íntima, suave. Segundos más tarde, Mark Lancelot abandonaba la cabaña de Amanda Lowell.

* * *

Entre los arbustos, Margo Jones vio aparecer, de pronto, la esbelta silueta, caminando hacia la cabaña seis. La identificó en el

acto: Mark Lancelot.

«Vaya... ¿Ya has terminado la diversión? Parece que no eres de los que gustan de agotar los buenos momentos...».

Vio a Lancelot llegar ante la puerta, abrirla, y entrar. No encendió ninguna luz. Margo comprobó de nuevo esto cuando, tras mirar alrededor, llegó a la conclusión, quizá un tanto temeraria, de que sus emboscados enemigos ya no estaban allí. Había tenido tiempo más que suficiente para pensar, y una de las conclusiones a las que había llegado era que los dos tiradores bien podrían haber sido Ito Nago y Sesese Noto. Pero entonces, pese a que esto parecía lleno de lógica, ¿por qué, tras comprender que algo le había ocurrido a Abumbu Aba, no se habían quedado por allí..., y habían disparado ahora contra Mark Lancelot? Si querían matarlo, era una excelente oportunidad, pues el británico no podía haber aparecido más confiado y tranquilo, a su regreso de la cabaña de Amanda Lowell...

¿O no había estado todo el tiempo con Amanda Lowell?

Todo estaba más complicado que al principio.

Margo estuvo esperando más de diez minutos, pero nada nuevo sucedió. Dispuesta a no permanecer más tiempo allí, se aventuró a que le disparasen de nuevo: movió los arbustos visiblemente, con bastante ruido... Nada. Silencio. Quietud.

Se deslizó por un lado, salió, y corrió unos cuantos metros acucillada, hacia una palmera. Nada. Desde detrás del tronco, miró de nuevo hacia la cabaña de Lancelot. Seguía sin encenderse ninguna luz, nada ocurría.

«De acuerdo —reflexionó Margo—. Vamos a hacerle una visita a la encantadora Kana Mabaka».

La cabaña cuatro, donde se habían instalado Kana Mabaka y Abumbu Aba, distaba unos sesenta metros de la seis, y entre ambas, además de palmeras y arbustos de flores, se interponía la cinco... Margo no tuvo contratiempo alguno para llegar allá. Se iba tranquilizando..., pero se tensó cuando, al llegar ante la puerta de la cabaña cuatro, la vio ajustada solamente. Empuñó la pistola con la mano derecha, y con un dedo de la mano izquierda, empujó la puerta, que cedió silenciosamente hacia dentro.

Con la agilidad de una gatita. Margo Jones entró en la cabaña, y quedó a un lado de la puerta, inmóvil. Estuvo escuchando, pero

nada oyó. ¿No estaba Kana Mabaka en la cabaña? Porque si estaba, debía hallarse no poco preocupada por la tardanza de Abumbu Aba... O esto, o ya nada tenía lógica en aquel asunto.

La pequeña linterna se encendió en la mano izquierda de Margo. El salón. Lo recorrió, y fue directa al dormitorio. Se detuvo ante la puerta de éste, que estaba abierta completamente. Al fondo, en la ventana, había un resplandor de luz de los senderos del motel...

Y a este resplandor, Margo pudo ver el cuerpo tendido en la cama. Un cuerpo blanco...

No.

Cuando dirigió hacia el cuerpo la luz de la linterna, vio que no era blanco. Era negro. Lo blanco era el camisón que cubría el negro cuerpo de Kana Mabaka. Se acercó, lentamente, pistola por delante. Cuando se detuvo junto a la cama, se quedó mirando las oscuras manchas que salpicaban el precioso camisoncito blanco que cubría el cuerpo de Kana Mabaka; eran unas manchas oscuras y penetrantes, que incrustaban la tela en la carne reluciente de la negra... Casi tan relucientes como sus grandes ojos, desorbitados.

Margo tocó el cuello de Kana Mabaka. Todavía estaba ligeramente caliente, pero no había ya latido alguno de vida en aquel bello cuerpo acribillado. Acribillado a balazos brutalmente.

¿Cuánto hacía que Kana Mabaka había sido asesinada? ¿Diez, quince, veinte minutos...? No más. No más de veinte minutos.

Inmóvil junto a la cama, Margo pensaba rápidamente... Mark Lancelot había estado con Amanda Lowell, así que él no podía haber sido. Por lo tanto... De pronto, Margo percibió el perfume.

El perfume.

«Atlantis». Estaba segura de que el perfume que percibía era el de Amanda Lowell. Fantástico... ¿Amanda Lowell había estado allí y había asesinado a Kana Mabaka? Más complicaciones, entonces. Aunque..., ¿por qué Amanda Lowell? Mark Lancelot había estado con ella, esto no parecía admitir dudas. Luego, se había marchado, había regresado a su cabaña. ¿Y acaso su camino desde la cabaña de Amanda a la suya no pasaba por delante de la cabaña de Kana Mabaka?

Fantástico. Fantástico. Abumbu Aba va a ponerle una bomba de explosivo plástico a Mark Lancelot, mientras éste está con Amanda Lowell, de cuyo perfume se impregna, lógicamente. Luego, Lancelot

abandona la cabaña de Amanda Lowell..., y pasa por la cabaña cuatro... ¿Quizá dispuesto a matar a los dos negros..., y matando solo a Kana, ya que no encuentra a Abumbu?

Estaba todo tan enredado, que Margo Jones tomó una decisión, que le pareció la más adecuada, en aquellas circunstancias: regresar a su «suite» a meditar, a sacar conclusiones.

Cinco minutos más tarde, empujaba la puerta de su «suite», entraba, cerraba la puerta, y, sin encender la luz, se dirigía a su dormitorio. Llegó a oscuras a la cama, dejó la pistolita y la linterna sobre la mesita de noche, y se tendió... Se tendió en la cama en el mismo momento en que a su olfato llegaba de nuevo el perfume «Atlantis». Y en el mismo instante en que iba a incorporarse vivamente, notó en su costado izquierdo el duro y frío contacto, y, a su lado, oyó la conocida voz de Mark Lancelot:

—Tranquila, negrita. Tan sólo con que, a partir de este momento, muevas una pestaña, yo oiré el rumor, te lo aseguro..., y entonces dispararé. ¿Me has comprendido?

—Sí —musitó Margo.

Magnífico. ¿De dónde vienes?

—Deberías adivinarlo.

—No estamos jugando a las adivinanzas —gruñó Lancelot—. ¿De dónde vienes? —De la cabaña de Gordon.

Hubo un breve silencio antes de que se volviese a oír la voz de Lancelot, irritada:

—¿De ese gorila? ¿Y qué habéis estado haciendo?

—¡Qué pregunta! —exclamó Margo—. Supongo que más o menos lo mismo que habréis estado haciendo Amanda Lowell y tú.

—Ya. Vaya, eres toda una cerdita, maldita sea tu estampa.

—No más cerdita que la Lowell..., ni más que tú mismo, me parece a mí. ¿A qué viene eso? ¿Acaso te disgusta que me haya acostado con Gordon Overol?

—Sí. Sí tantas ganas tenías de hombre, podías habérmelo dicho a mí.

—Eres divertido... Tú estabas con la Lowell, *Sir* Lancelot.

—Porque tú lo provocaste así... Acaparaste a Overol, de modo que ya no pude acercarme a ti..., y en cambio, Amanda tuvo el camino libre hacia mí. ¿Por qué? ¿Te gusta más Overol que yo?

—Bueno, bueno, un momento —protestó Margo—. ¿Qué

significa todo esto? ¿Has venido a hacerme una escena de celos... provisto de una pistola? ¡Todo esto es ridículo!

Mientras hablaba, Margo Jones iba moviendo muy lentamente su brazo derecho hacia la mesita de noche, donde había dejado la linterna y la pistolita. Se movía tan despacio, con tal cautela, que estaba segura de que conseguiría engañar a Lancelot, de modo que si éste, en un momento dado, se decidía a disparar, ella también podría hacerlo. Sería un estúpido modo de morir los dos, pero...

Pero Lancelot no le dio la oportunidad de conseguir su objetivo porque, de pronto, él se movió. Sin dejar de apretar su pistola contra el costado de Margo, giró hacia ésta, de modo que quedó boca abajo sobre ella, presionando su cuerpo contra el colchón, en una posición que resultaba de gran intimidad, incluso estando vestidos ambos.

Sin embargo, Lancelot no estaba buscando ninguna relación sexual. Lo que hizo, una vez colocado sobre el mullido cuerpo de Margo, fue estirar su brazo izquierdo, tantear en busca del interruptor, y encender la luz de la mesilla de noche. Margo había captado ya el gesto, y había retirado la mano que iba en busca de la pistola.

Durante unos segundos, ambos parpadearon, momentáneamente deslumbrados, pero mirándose a los ojos. De pronto, Lancelot sonrió, y su boca se acercó a la de Margo, mientras susurraba:

—Tienes un cuerpo no sólo hermoso, sino confortable, Margo.

Todavía no había visto Lancelot la pistola. Había retirado la mano izquierda de la mesita de noche, y ahora, dejándose flotar con todo su peso sobre el turgente cuerpo de Margo, deslizó esa mano libre hacia el pecho de la hermosa negra, y comenzó a acariciar el seno derecho, mientras su boca, finalmente, llegaba a la de ella.

Margo Jones no podía haber esperado ni deseado nada mejor. No por el beso, ni por la caricia de aquella fuerte mano en su pecho, sino por la oportunidad para empuñar, por fin, su pistolita... De modo que correspondió cariñosísimamente al beso de Mark Lancelot, entreabriendo su fresca boca, ofreciéndola sin reservas. Lancelot emitió un murmullo de placer y de incredulidad mientras besaba los sonrosados labios que tan tierna y dulcemente se le ofrecían..., pero su pistola continuó presionando en el costado izquierdo de Margo..., quien, a su vez, por fin, conseguía la

pistolita, y la empuñaba firmemente.

Fue un beso largo y hermoso de verdad, y Mark Lancelot no podía dejar de notarlo.

Así que cuando apartó su boca de la de Margo, susurró:

—Maldita seas... ¿Por qué tenías que irte con ese gorila?

—¿Habrías preferido que fuese contigo?

—¡Claro que sí!

—Yo también.

—Pues no te comprendo. Cuando entré en el comedor, estoy seguro de que tú retenías a Overol, de modo que Amanda ya no tuvo que preocuparse de él. Y te vi tan... satisfecha con el gorila que...

—Oh, vamos —rió Margo—. ¡No me digas que te fuiste a la cama con esa pobre chica, sólo porque yo estaba con Gordon Overol!

—Pues sí —masculló Lancelot—. ¡No iba a quedarme como un tonto, mientras tú se la hacías pasar en grande al gorila!

—Vamos, *Sir* Lancelot... ¡Estás mintiendo! No viniste hacia mí porque no quisiste, así de simple. Y me pareció que tampoco tenías grandes deseos de estar con la Lowell. Y no comprendo eso... ¿Qué cosa mejor podías hacer esta noche que gozar con una o con otra?

—Hubiese preferido gozar contigo. Y todavía estamos a tiempo, ¿no te parece?

—No. Ya no.

—¿Por qué no?

—Bueno, supongo que estás cansado, después de tu actividad con Amanda Lowell..., cuyo perfume, por cierto, todavía tienes impregnado en la piel.

—No estoy cansado —sonrió Lancelot—. Soy muy fuerte.

—Voy a admitir eso. Pero, entonces, ¿por qué has dejado el dulce lecho de una preciosa muchacha blanca que no te negaba nada?

—Me parece que haces demasiadas preguntas —gruñó Lancelot—. Y tu situación no te permite tomar la iniciativa en ese sentido... Sin embargo, te permitiré que tomes la iniciativa en otro sentido.

—¿En cuál?

—Te diré lo que vas a hacer. Yo me alzaré un poco, para que puedas subirte la falda... ¿Comprendes? Luego, tú misma, con tus

preciosas manitas colocarás mi poder masculino en tu...

—Nada de eso —cortó Margo.

—Eres estupenda —sonrió Lancelot, apretando el vientre de Margo con el suyo, de modo que ésta se percató de la situación en que él se había puesto—. Me gustas de verdad. Por lo tanto, voy a tenerte. Voy a gozar muchísimo poseyéndote. Bien, ya sabes lo que tienes que hacer.

—No lo haré.

—¿Prefieres que te meta una bala en el cuerpo?

—No meterás... nada en mi cuerpo. A menos que estés dispuesto a que yo también meta algo en el tuyo.

¡Qué dices! ¿Quizá eres un «travesti»?

No —rió Margo—. Pero tengo una pistola. De las que disparan balas, *Sir* Lancelot. Sin ponerte nervioso, compruébalo.

Apretó con la punta de su pistolita el costado izquierdo de él. Lancelot se tensó un instante. Luego, movió su cuerpo, siempre sobre el de ella, hasta que pudo mirar el lugar donde notaba la presión. Ninguna duda: aquello era una pistola de las que disparan balas.

Volvió a mirar a Margo, y frunció el ceño.

—Vaya, ¿qué te parece? —farfulló—. ¡Eres toda una fiera peligrosa, negrita!

—Y tú eres un... un maníaco sexual. ¿De verdad pretendías tenerme?

—Ya te he dicho que soy muy fuerte —sonrió, de pronto, Mark.

—Pues tendrás que reservar tus energías para otra ocasión.

—Mala suerte. Bien, ¿qué hacemos? ¿Disparamos, o volvemos a besarnos?

—¿Qué te parecería si dejases de aplastarme con tu peso de oso, y nos dedicásemos a charlar... digamos... civilizadamente?

—¿Civilizadamente... teniendo cada uno una pistola en la mano?

—Guarda la tuya, y yo dejaré la mía.

—Nada de

eso'

reina africana: tú primero.

—De ninguna manera, señor oso: usted primero.

—Ni hablar del cuento, maravilla de carne: te amo. Y estoy tan a

gusto sobre tu acogedor cuerpo que pienso pasarme aquí la noche, si no te muestras razonable. Y te advierto que incluso así empieza a gustarme tanto que puedo llegar a...

—*Sir* Lancelot, mi bello y simpático osito apasionado, estoy notando, ciertamente, que vas lanzado; eso es halagador para mí, como mujer que soy. Pero te lo voy a decir claramente: si antes de tres segundos no has dejado de presionarme con tus armas, *yo voy a disparar*. Empieza la cuenta atrás: tres, dos, u...

—Calma, calma. —La pistola de Lancelot apareció por encima de la cabeza de Margo—. Aquí tienes mi arma, ¿y la tuya?

—Aquí está. —La colocó Margo ante su rostro, y apuntando al centro de la frente de Lancelot.

El británico bizqueó para mirar la pequeña pistolita, de un modo cómico, simpático..., pero mientras tanto, se pasó la lengua por los labios. Luego susurró:

—¿Qué sigue ahora?

—Ahora, tú tomarás tu pistolita con la mano izquierda, y acto seguido, los dos la dejaremos sobre la mesita de noche. Luego, giraremos juntos hacia el otro lado de la cama, nos sentaremos en el borde, y conversaremos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Así lo hicieron, lentamente, sin dejar de mirarse a los ojos. Cuando, por fin, quedaron sentados en el borde del otro lado de la cama, Lancelot frunció el ceño, mirando con mayor interés todavía a la negrita.

—¿Sabes que tienes más que muchos tipos que he conocido?

—¿Más... qué?

—Vamos a dejar el tema. Y ahora que los dos estamos desarmados... ¿qué dirías si yo te rompiese el cuello? Puedo hacerlo solo con mis manos, te lo aseguro.

Y, diciendo esto, Mark Lancelot acercó sus manos al esbelto y delicado cuello de Margo Jones.

CAPÍTULO VII

Pero la preciosa negra no se inmutó.

—¿Por qué habrías de matarme? —murmuró—. ¿Acaso no has matado ya suficiente esta noche?

El gesto de pasmo de Mark Lancelot fue tal que Margo tuvo que pensar que no podía ser fingido.

—¿Que yo he matado? —exclamó el británico—. ¿Estás bromeando?

—No.

Lancelot parpadeó.

—Demonios... ¿Ya quién he matado?

—A Kana Mabaka.

Ahora, Lancelot quedó como hipnotizado mirando los oscuros ojos de Margo Jones. Por fin, musitó:

—¿Esa chica está muerta? ¿Estás segura?

—Segura. ¿No la has matado tú?

—¡Desde luego que no!

—¿Estuviste todo el tiempo con Amanda Lowell..., y regresaste directo a tu cabaña?

—Así es.

—Muy bien. Luego, estuviste allí diez o quince minutos... Y cuando vengo aquí, te encuentro esperándome. ¿Por qué? Y no me digas que para hacerme feliz sexualmente, querido osito... ¿Por qué has venido a mi «suite»?

—¿Te suena el nombre de WarMan? —musitó Lancelot.

—Sí. ¿Eres tú?

—¡Pero qué dices! —Respingó Lancelot—. ¡Yo creí que tú podías ser WarMan!

—Absurdo. WarMan es un hombre. —¿Lo sabes de cierto?

—No —admitió Margo, sonriendo.

—Pues yo tampoco. Podía ser perfectamente una mujer. Y esa mujer podrías haber sido tú. ¿Sabes qué pensé, finalmente? Quiero decir, después de llevar un buen rato con Amanda Lowell... Todo el tiempo estaba seguro de que tú habías acaparado a Overol para que Amanda me retirase a mí de la circulación esta noche, y de pronto, pensé que tenías que haberlo hecho por un buen motivo: estar libre para realizar el contacto con los cinco negros... ¿Sabes de qué te estoy hablando?

—Perfectamente —asintió sonriendo de nuevo Margo—. Muy bien, pensaste que yo podía ser WarMan, así que saliste de la cabaña de Amanda Lowell... y te fuiste a la tuya, en lugar de venir aquí directamente. ¿Por qué no viniste directamente? Era más lógico, ¿no?

—Tenía que recoger mi pistola en la cabaña. Y además, antes de decidirme a venir por ti, me dediqué a reflexionar un poco más. Un paso en falso es mortal, en mi profesión.

—¿Qué profesión?

—Soy agente del servicio secreto británico.

Margo asintió de nuevo, ahora en silencio, y sin sonreír.

¿Sabes, *Sir* Lancelot? —susurró—. Yo estuve en tu cabaña, y no encontré arma alguna allí.

—La había escondido bien, pues... ¿Estuviste en mi cabaña? ¿Por qué?

—Y no fui la única.

—¿Qué quieres decir? —Se irguió vivamente Lancelot.

Mirándole con escrutadora fijeza a los ojos, Margo Jones explicó a Mark Lancelot todo lo ocurrido, sin omitir detalle alguno. Cuando terminó, Lancelot, que ya estaba recuperado del asombro y de cierta incredulidad inicial, sonrió de pronto.

—Vaya un modo de matar a un hombre... ¡Y ahora que pienso, podías haber hecho lo mismo conmigo!

—No es momento de bromear. ¿Tú no mataste a Kana Mabaka?

—No. Te he dicho la verdad: fui a buscar mi pistola, la saqué del escondrijo, me dediqué a reflexionar unos minutos, y luego vine aquí. Si estabas, bien. Si todavía estabas con Overol, te habría esperado, simplemente... Me alegra mucho que no te hayas entregado a ese gorila, preciosa mía. Y oye, amor, otra cosa: ¿qué

demonios pintas tú en todo esto? ¿Quién eres, realmente?

—Mi verdadero nombre es Nila Okonogo, y soy hija de un influyente político de Zamboku. Suelo vivir cada año en Estados Unidos una temporada, y en Inglaterra y mi país, el resto del tiempo. Estaba en Londres cuando mi padre envió a uno de sus hombres de confianza para informarme de lo que estaba preparando aquí, en Miami, concretamente en el «Motel Arcoiris». Entonces, me vine inmediatamente a Estados Unidos, y, tras pasar por Nueva Orleans, me instalé aquí.

—¿Con qué objeto?

—Identificar a WarMan cuando éste realice su contacto con Obo Kenato y los demás, o con cualquiera de ese grupo de cinco traidores..., que a su regreso a Zamboku serán ejecutados. Mientras tanto, una vez hubiese yo identificado a WarMan, debía mantenerlo bajo control, a la espera de que llegasen los... ejecutores, que se encargarían de impedir que organizase ninguna guerra en mi país... ni en ningún otro nunca jamás.

—Caramba... ¡Eres todo un angelito, reina mía! ¿Te dedicas a estas cosas habitualmente?

—Habitualmente, me dedico al periodismo —casi rió Margo—. Lo que no impide que, aprovechando mis viajes y ciertas amistades, tanto en el Reino Unido como en Estados Unidos, de cuando en cuando consiga alguna... pequeña información para mi padre y sus amigos del gobierno honesto de Zamboku.

—O sea, que eres una espía —frunció el ceño Lancelot—. ¡Y te dedicas al espionaje en mi país!

—No es así exactamente. Soy periodista, te lo juro. Lo de espiar, que no llega a tanto, consiste en obtener conclusiones inteligentes de cosas que oigo aquí y allá. Vamos, osito, no me des más importancia de la que tengo: una chica desenvuelta, decidida, que ha sido destinada a localizar a WarMan para que otros le den su merecido. Eso es todo. Y, por lo que entiendo, tú, que eres un auténtico espía a secas, vas buscando conseguir lo mismo: eliminar a WarMan..., para lo cual, me parece que no necesitas ayuda de nadie.

¿Correcto, osito?

—Correcto —asintió Lancelot.

Bueno, eso significa que podemos unir nuestras fuerzas, ¿no te

parece?

Se quedaron mirándose fijamente. Lancelot sonrió.

—¿Qué te parece si antes de unir nuestras fuerzas, uniésemos nuestros... cuerpos?

—Olvidalo —rió Margo.

—¿Cómo olvidarlo, si te amo?

—Vamos, *Sir* Lancelot, ya basta de tonterías. El momento no es adecuado para ellas, creo yo. Tenemos dos muertos en el motel..., y ni rastro visible de WarMan, que es nuestro objetivo. ¿Qué sugieres que hagamos ahora..., aparte de unir nuestros cuerpos?

—¿Dejamos eso para más adelante?

—Se puede hablar del asunto más adelante —aceptó Margo—. ¿Qué ideas se te ocurren sobre WarMan?

—La primera de ellas es que, al parecer, no está solo. Si al salir de mi cabaña te dispararon dos personas, la cosa está clara, ¿no?

—Teoría aceptada, de momento. ¿Qué más?

—Tengo otra teoría..., pero destruye la primera.

—Especulemos sobre esa segunda teoría. ¿En qué consiste?

—Si WarMan dispone de ayuda en el motel, y pretende matarme a mí, ya habría podido hacerlo —masculló Lancelot—. Cabe la posibilidad de que me conozca de antes, y al verme aquí haya comprendido que estoy tras él. Entonces, todo lo que tenía que hacer era levantar el campo o eliminarme. Lo primero, era facilísimo. Lo segundo, casi igual de fácil. Sin embargo, de nuevo ha demostrado WarMan las tortuosas cualidades de su mente. Por supuesto, no se ha marchado... todavía, al menos. Y, en lugar de eliminarme él, debió imponerlo a los negros, como condición, antes de entrar en contacto definitivo con ellos.

—Si entiendo tu idea —murmuró—. WarMan está operando solo, como siempre; y, en lugar de arriesgarse dando la cara para eliminarte, ha exigido a Obo Kenato y sus amigos que te eliminen ellos. Entonces, les facilita un explosivo con detonador a distancia, y se dispone a esperar que le informen de que ha sido colocado de modo que no quede de ti ni un pedazo...

—Y Obo Kenato organiza el asunto, con sus amigos. Envía a Abumbu Aba a colocar el explosivo, y a Sesese Noto e Ito Nago para respaldarlo. Cuando yo entro en tu cabaña, ellos me están viendo, pero en lugar de disparar entonces contra mí, esperan que entre,

convencidos de que Abumbu Aba dará buena cuenta de mí..., y que colocará mi cadáver debajo de tu cama para que, cuando el explosivo estalle, yo también quede convertida en pedacitos. Luego, cuando salgo, comprenden que las cosas han ido mal para Abumbu Aba, y entonces sí me disparan.

—Eso es. Y luego, comprendiendo que no es tan fácil liquidarte, se van.

—¿Adónde? —sonrió Margo Jones.

—Pues a su cabaña, ¿no?

—¿Y dejan a AbumbuAba en la tuya? ¿Y matan ellos a Kana Mabaka? ¿Y no avisan a Obo Kenato de que todo está saliendo mal?

Lancelot se quedó mirando fijamente a Margo. De pronto, soltó un bufido, y se pasó la mano furiosamente entre la rubia cabellera.

—Maldita sea mi estampa... ¡Tendremos que elaborar una tercera teoría! A menos que Obo Kenato y los otros dos se hayan largado, en cuyo caso, tendríamos que aceptar mi segunda teoría.

—Quizá. Pero sigue en pie la pregunta: ¿quién ha matado a Kana Mabaka y por qué? Tú no has sido; yo tampoco; no podemos admitir que lo hayan hecho sus propios amigos... ¿Quién queda?

—WarMan —gruñó, una vez más, Lancelot.

—Reestructuremos tus teorías, entonces —rió Margo Jones.

—Bien... Sí, quizá sea una buena idea sumar las dos teorías. Supongamos que WarMan me ve, y se percata de que algo no ha salido bien para sus negocios, en esta ocasión. Se sabe en peligro. Entonces, recurre a Obo Kenato y sus amigos para que me eliminen a mí. ¡Y mientras tanto, él decide que Obo Kenato y sus amigos también deben morir, pues pueden comprometerle!

—O quizá piense que ya que está aquí, tiene derecho al dinero. Ahora bien, si Obo Kenato se niega a pagarle hasta que WarMan le facilite el plan para la guerra que piensan poner en marcha en Zamboku, WarMan ha podido enfadarse. De modo que mientras Abumbu Aba va a colocarte la bomba, él mata a Kana Mabaka... ¿Factible?

—¿Qué quieres decir?

—Que en la cabaña de Kana Mabaka olía a «Atlantis», el perfume de Amanda Lowell. Estoy segura. Y ese perfume solamente pudo dejarlo allí la propia Amanda Lowell..., o alguien que hubiese estado con ella.

—O sea, yo.

—Sí.

—Muy bien. Yo no he sido. Entonces..., ¿ha sido Amanda la que ha asesinado a Kana Mabaka? Por la cuestión de tiempo, ha podido hacerlo, desde luego. Yo me voy, ella se viste y sale después de mí, va a la cabaña cuatro, mata a Kana Mabaka, y se va... ¿Tiene esto sentido? Lo lógico sería que esperase a Abumbu Aba para matarlo también... Ella ha estado conmigo, no sabe que Abumbu Aba ha muerto...

—Puede saberlo cuando, después de marcharte tú, ella espera el tiempo suficiente para que llegues a tu cabaña, aprieta el botón del mando a distancia que tiene que convertirte en pedazos... y no se produce ninguna explosión. Entonces comprende que Abumbu Aba ha fallado, deduce que ha muerto. Así pues, ella va a eliminar también a Kana Mabaka. Luego, decide eliminar a los otros tres negros..., y marcharse con el cheque de doscientos cincuenta mil dólares.

—Y todo eso —jadeó Lancelot, lívido—, después de haberlo pasado divinamente conmigo, con el hombre que ella sabía iba a quedar convertido en picadillo poco después..., cuando me fuese porque ella tenía sueño...

—Podría ser así —murmuró Margo.

—Pero entonces... ¡entonces, ella es WarMan, y ha matado a la negrita, a Obo Kenato, a los otros dos..., y se ha largado! ¡Maldita sea mi suerte...!

—Todavía no estamos seguros de que las cosas hayan sucedido así, osito —sonrió Margo.

—Podemos salir de dudas inmediatamente: todo lo que tenemos que hacer es ir a la cabaña de Obo Kenato y de los otros dos. Si están muertos los tres..., iremos a visitar a Amanda Lowell a su cabaña... ¡la cual, claro está, encontraríamos vacía!

—Quizá lo esté ya ahora —dijo Margo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ya se ha marchado? Bueno, eso sería lo lógico, claro... Pero espera un momento... ¡Un momento!

Se quedó mirando fijamente a Margo, que sonrió de nuevo, y dijo:

—Por un momento, temí que sintieses verdaderamente algo por la señorita Lowell, y que eso te afectase, *Sir* Lancelot. Pero creo que

estás pensando mejor a cada instante, y obteniendo muy lógicas conclusiones. ¿Cierto?

Mark se pasó una mano por la boca, con gesto seco.

—No se ha marchado —susurró—. Todavía no. Si ella es WarMan, es una asesina que se complace en serlo; le gusta matar. Y sabemos que es implacable. Así pues, no se marchará de aquí sin haberme matado a mí, que le he complicado la vida.

—Quizá también a mí —sugirió modestamente Margo.

—Sí... ¡La muy...! ¡Claro que no se ha marchado! Debe estar ahí fuera, esperando que nosotros obtengamos conclusiones, que vayamos a la cabaña de Obo Kenato, y entonces... ¡Demonios, se ha cargado a cuatro personas, y está esperando matar a otras dos! Pues no se lo vamos a poner tan fácil, ¿verdad?

—Por mi parte, no, desde luego —aseguró Margo.

—Lo mejor sería que llamásemos a Obo Kenato por el comunicador interior del motel.

—Buena idea. Y si no contesta, llamaremos a los otros dos. Y si estos dos tampoco contestan...

La frase quedó en el aire, pero, realmente, no hacía falta terminarla verbalmente: los dos sabían lo que significaría que ni Obo Kenato ni sus dos amigos contestasen a la llamada.

—¿Quién llama? —preguntó Lancelot.

—Puesto que estamos en mi «suite», creo que resultará menos sorprendente para el empleado del motel que sea yo quien pida la comunicación, ¿no te parece? —De acuerdo. Vamos a ver qué pasa.

CAPÍTULO VIII

Pero cuando Margo Jones estaba a punto de recurrir al servicio directo de comunicaciones en el motel, se detuvo, y quedó pensativa.

—¿Qué pasa? —preguntó Mark.

—Creo que será mejor que utilice el teléfono de línea directa con el exterior. Llamaré pidiendo por el señor Obo Kenato como si lo hiciese desde fuera, desde cualquier lugar de Miami.

—Como quieras. Sí, quizá sea mejor así.

Y así lo hizo. Desde el teléfono de la «suite» llamó al número del «Motel Arcoiris», y pidió comunicación con la cabaña del señor Kenato. En la centralita efectuaron la conexión, y el teléfono de Obo Kenato comenzó a sonar, a sonar, a sonar...

—Sí, ya me doy cuenta —asintió Margo—. ¿Sería tan amable de intentarlo con la cabaña trece?

—...

—En efecto, los señores Noto y Nago, sí. Gracias.

De nuevo la conexión. El teléfono comenzó a sonar..., y al cuarto timbrazo, alguien atendió la llamada.

—¿...?

Margo miró vivamente a Mark, que se acercó más y estuvo escuchando la voz que insistía en la pregunta; en la cabaña trece, alguien atendía la llamada, quería saber quién llamaba... La voz de hombre, en inglés un tanto dificultoso, era clara, nítida.

—Ésa es la voz de Sesese Noto —susurró Mark al oído de Margo—. Tuve ocasión de oírle hablar.

Margo colgó el auricular. Se quedaron mirándose. Tampoco hacía falta hablar para entenderse en esta ocasión: el hecho de que Obo Kenato no hubiese contestado podía significar, simplemente,

que estaba dormido..., o que se hallaba en la cabaña trece, con sus dos compañeros, los cuales, evidentemente, estaban con vida.

—Pues estamos listos —masculló Mark—. ¡Todas las teorías han quedado convertidas en cenizas!

—Podemos hacer todavía otra cosa: llamar a Amanda Lowell. Si contesta, cuando menos sabremos que está en su cabaña, y no esperándonos por ahí fuera, dispuesta a matarnos. Y por si ella contesta, será mejor que ahora llames tú.

—¿Y qué demonios le digo? —Gruñó Lancelot.

—Dile que no puedes dormir, pensando en ella —rió Margo.

Farfullando, Mark Lancelot recurrió al teléfono. Llamó a la centralita del motel, y pidió comunicación con la señorita Lowell. El teléfono comenzó a sonar... Y ya estaba Lancelot a punto de colgar cuando la llamada fue atendida. Margo se acercó al auricular para poder escuchar. Y oyó la adormilada voz de Amanda Lowell.

—¿Sí? Diga... ¿Quién es?

Mark Lancelot colgó rápidamente, y miró a Margo, que le contempló, decepcionada.

—¿Por qué no has contestado? —reprochó—. ¡A todas las mujeres nos gusta escuchar esa clase de tonterías, osito!

—No me gusta perder el tiempo. Y ya he perdido demasiado. Amanda no es WarMan, de acuerdo. Pero WarMan está aquí, se ha cargado a Kana Mabaka, y debe estar preparando muchas más cosas. Yo quiero cazar a ese sujeto, y para ello, ni siquiera me importará pactar con el diablo... De modo que vamos a ir a la cabaña trece a charlar con esos tres negros. ¿Te parece bien?

—Aceptado —dijo en seguida Margo Jones.

Cada uno recogió su pistola, apagaron la luz de la «suite» y, segundos después, salían de ésta. Para salir del edificio tomaron las debidas precauciones, cubriéndose el uno al otro... Pero todo estaba en silencio y tranquilo. Mark Lancelot señaló hacia donde estaba la cabaña trece, y los dos comenzaron a caminar hacia allí, cautelosamente, mirando a todos lados, viendo sombras por todas partes...

Estaban ya muy cerca de la cabaña trece cuando vieron desprenderse de la sombra dos siluetas, que se alejaron corriendo, directos hacia el coche estacionado muy cerca.

—Son Noto y Nago —exclamó contenidamente Lancelot—. ¡Y

me parece que pretenden marcharse!

Margo había comenzado ya a correr hacia los dos negros, que, en efecto, llegaban ya junto al coche. Mark Lancelot, que había iniciado también la carrera junto a Margo, se detuvo en seco, y extendió el brazo armado.

—¡Alto! —gritó—. ¡Alto o disparo!

Los dos negros volvieron la cabeza, pero su reacción no fue, ni mucho menos, la que implicaba la orden recibida. Al contrario, aceleraron sus movimientos para meterse dentro del coche, lo que consiguieron tan velozmente que cuando Lancelot parecía dispuesto, en efecto, a disparar, los dos hombres estaban ya dentro del vehículo en el que se habían presentado en el motel días antes, tras alquilarlo en el aeropuerto de Miami. —¡Mi coche!— exclamó Lancelot—. ¡Podemos...!

Una gran bola de fuego rodeó el coche en el que se habían metido los dos negros, y un formidable estampido atronó el silencio nocturno; un humo negro y denso se esparció alrededor del reventado vehículo, teñido de rojo, debido a la enorme llamarada cuyo calor llegó, intenso, a los rostros de Margo y Mark, como empujado por la onda expansiva de la explosión, que fue fortísima.

Mark y Margo notaron cómo sus cabellos se agitaban, ocultaron su rostro un instante con las manos, y luego, se miraron, ambos en verdad impresionados..., mientras algunas llamaradas volaban alrededor del destrozado vehículo.

El coche, convertido en un amasijo de hierros, quedó ardiendo, mientras en alguna parte se oían gritos, y en las cabañas cercanas comenzaban a encenderse luces...

—¡Vámonos! —exclamó de pronto Mark—. ¡No nos conviene que alguien nos vea aquí! ¡Actuemos con naturalidad! ¡Corre!

Para actuar con naturalidad, sólo podían hacer una cosa: separarse, correr cada uno a su alojamiento. Y así lo hicieron, tan velozmente, que cuando comenzaron a aparecer clientes del motel, en ropas de dormir, poniéndose batas o albornoces, Mark Lancelot había ya entrado en su cabaña, y Margo en su «suite». Pero, actuar con naturalidad, exigía algo más, y ambos lo hicieron. Se desnudaron rápidamente, se pusieron sus ropas de dormir, y segundos después, cuando ya había un gran círculo de gente contemplando el llameante automóvil, ambos reaparecían, Mark

Lancelot en pijama y Margo Jones en camisita de dormir y poniéndose su albornoz color púrpura..., como el fuego que consumía los cuerpos de dos hombres.

—¡Ay, Dios mío! —gemía Beatrice Roark, temblando violentamente—. ¡Ay, Dios mío, qué horrible...!

—Cálmate, mujer —aconsejaba su marido, en pijama, pasándole un brazo por los hombros—. No has debido salir de la cabaña. Vamos, vuelve allá...

—Ay, Dios mío —gemía la señora Roark, envuelta en una gran bata, con cómicos rizadores en el cabello—. ¡Ay, qué espantoso, qué espantoso!

—¿Qué ha ocurrido? —Llegó preguntando Mark Lancelot.

Benjamín Roark señaló hacia la llamarada que se iba consumiendo.

—Un accidente... Yo creo que ha habido algún contacto en el coche, se ha producido una chispa, y ha alcanzado el depósito de combustible... El propietario de ese coche se va a llevar un buen disgusto, pero el susto que nos ha dado a todos ha sido terrible... ¿Ha oído la explosión?

—Claro —asintió Lancelot—. Eso me ha despertado.

—Yo siempre desconecto la batería, cuando dejo el coche —refunfuñó Roark—. Si todos hiciesen lo mismo, esto no habría ocurrido. Ah, señorita Jones... ¡Buen susto nos hemos llevado todos!

—Sí —asintió Margo, llegando al pequeño grupo, mirando hacia las llamas—. Espero que no haya algún herido, o...

—¡Claro que no! A estas horas, no había nadie en el coche, naturalmente. Y por suerte, nadie pasaba cerca. ¡Si llega a ocurrir de día...!

Margo y Mark cambiaron una mirada. Algunas personas más, intervinieron en la ocasional conversación. Desde la cabaña-conserjería llegaban dos hombres corriendo... Un poco más allá, Gordon Overol contemplaba, como fascinado, el intenso resplandor. Amanda Lowell, ataviada con un encantador pijama corto, pasó muy cerca de él para acercarse al grupo donde estaban los Roark, Mark y Margo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, impresionada.

El locuaz Ben Roark comenzó a exponer sus teorías. Amanda le

escuchaba con los ojos muy abiertos, mirando de cuando en cuando a Lancelot, que tras sonreírle levemente, se separó del grupo, como queriendo conversar con los dos hombres que habían llegado de la conserjería... Pero Margo Jones captó su mirada, asintió imperceptiblemente, y atrajo la atención de Amanda Lowell, para que ésta no pudiese ver adónde se dirigía el británico realmente.

Adonde se dirigía realmente Mark Lancelot era a la cabaña trece, pero no por la parte frontal, sino por detrás, de modo que nadie pudo verlo romper el cristal de una ventana, abrir ésta, y saltar al interior... Necesitó menos de diez segundos para hacer su comprobación: Obo Kenato no estaba allí.

Sin más, Lancelot abandonó la cabaña por la misma ventana, y se alejó hacia la cabaña diez, la de Obo Kenato. Entró por el mismo procedimiento, siempre interponiendo la cabaña entre él y el resplandor del incendio... Acababa de poner los pies en el suelo cuando comenzó a oír la llegada de los bomberos.

Obo Kenato no estaba en el dormitorio..., pero sí estaba en el saloncito-recibidor, sentado en el sofá. Mark lo vio perfectamente, iluminado por el lejano y rojo resplandor que se reflejaba en una de las ventanas frontales. Obo Kenato estaba cómodamente sentado, con la cabeza caída sobre el pecho, inmóvil. O era sordo, o tenía un sueño excepcionalmente profundo. Cabía cualquiera de estas dos hipótesis..., pero no pata Mark Lancelot, que se acercó, y tocó suavemente la barbilla del negro de blancos cabellos.

La cabeza se movió como si el cuello fuese de goma. Todavía no había comenzado la rigidez *post mortem* en el cadáver de Obo Kenato, en cuyo pecho se veían los oscuros manchurroneos de la sangre que había hecho brotar varios balazos.

Mark Lancelot no se entretuvo. Era perder el tiempo, y además, muy comprometido. Abandonó la cabaña, y regresó hacia el grupo donde estaba Margo Jones, a la que hizo una seña, extendiendo el pulgar y apuntando con él hacia abajo. Sabía que Margo le entendería, y por el leve parpadeo de la bella negra comprendió que así había sido. Pero no pareció que Margo le hubiese visto siquiera, porque estaba conversando animadamente con Amanda Lowell... Los bomberos estaban ya dominando el incendio, que de por sí había ido decreciendo.

—Bueno —llegó diciendo tranquilamente Lancelot—, ¡vaya una

noche agitada! Pero parece que el peligro está controlado... ¿Se encuentra bien, señora Roark?

—No sé, hijo, no sé —se estremeció la mujer, que parecía muy afectada, un tanto demudada—. ¡Me he llevado un susto tan grande!

—Demandaré al propietario de ese coche —farfulló Ben Roark—. ¡No se puede ir por ahí siendo tan descuidado!

Amanda Lowell miraba a Mark, pero éste miraba a Gordon Overol, que permanecía solo, algo alejado, con la mirada fija en el coche. Gordon Overol. ¿Overol? ¿Por qué no? Puesto que Margo no había estado con él, Overol había tenido libertad total de movimientos: podía haber matado a Kana Mabaka, a Obo Kenato, y haber colocado la carga en el coche... Porque desde luego, Mark Lancelot no tenía ni la más pequeña duda respecto a lo sucedido, aunque no se molestase en corregir al irritadísimo Ben Roark. Nada de accidente: alguien había colocado una bomba que actuaba al ser puesto en marcha el motor de aquel coche... Alguien. ¿Gordon Overol? ¿Era Overol el maldito WarMan?

¿O era otra persona?

¿Qué otra persona, audaz, inteligente, decidida, podía haber hecho todo aquello, había dispuesto también de tiempo y oportunidad?

Sin poder contenerse, Mark Lancelot miró hacia Margo Jones, que continuaba hablando con Amanda Lowell... ¿Ella? ¿Margo? La miraba tan fijamente que Margo Jones desvió la mirada hacia él. Se quedaron mirándose fijamente, y Mark Lancelot estuvo seguro de que, por un instante, una levísima sonrisita burlona había pasado por los sonrosados labios de la bellísima negra...

En aquel momento, uno de los bomberos gritó que dentro del coche había, por lo menos, una persona.

* * *

Había amanecido ya cuando el teniente de la sección de Homicidios del Police Department de Miami, Mike Sandhurst, daba por terminado el interrogatorio general. El descontento era enorme entre los hasta entonces felices ocupantes del «Motel Arcoiris», pero Sandhurst estaba acostumbrado a aquella animosidad, que le tenía

sin cuidado, por otra parte: él hacía su trabajo, y eso era todo.

Las cosas se habían puesto al rojo vivo, porque cuando fueron echados de menos en la reunión de clientes los llamados Abumbu Aba, Kana Mabaka y Obo Kenato, Sandhurst envió a buscarlos, de modo que los cadáveres de los dos últimos fueron hallados. Examinados los documentos de unos y otros, Mike Sandhurst comenzó a obtener conclusiones, hasta llegar a la última, que satisfizo enormemente por lo menos a dos personas: Mark Lancelot y Margo Jones.

La conclusión final a la que llegó el teniente de Policía fue la siguiente: los dos cadáveres hallados en el coche, que evidentemente eran los señores Ito Nago y Sesese Noto, procedían de Zamboku, lo mismo que Obo Kenato, Abumbu Aba y Kana Mabaka. Esto, y el hecho de que en el motel hubiesen simulado no conocerse con anterioridad, implicaba deducciones secundarias, que posiblemente interesarían mucho más al F. B. I, que a la Policía. Así que todos estos informes, junto con el de la desaparición de Abumbu Aba, serían pasados al

F. B. I.

, quien proseguiría con el asunto y organizaría la búsqueda de Abumbu Aba... ¿Qué había ocurrido? ¡Cualquiera sabía! Al parecer, Abumbu Aba se había enfadado con sus compatriotas, empezando quizá por la muchacha, Kana Mabaka. La había matado, había ido luego a matar a Obo Kenato, y finalmente, había colocado una carga explosiva en el coche de los otros dos, Noto y Nago. Finalmente, y por supuesto, Abumbu Aba se había apresurado a huir.

Muy bien: lo encontrarían, y todo se aclararía. Los demás huéspedes del motel podían retirarse; debían hacerlo, ya nadie era necesario allí. Excepción hecha del

F. B. I.

, naturalmente...

Benjamín Roark, que había dejado de protestar al escuchar lo que realmente había sucedido aquella noche en el «Motel Arcoiris», fue el primero en retirarse, ayudando a su esposa, que estaba profundamente afectada. Gordon Overol, finalmente, se había acercado al grupo, y parecía insistir cerca de Amanda Lowell, pero Margo Jones efectuó una hábil maniobra, llevándose a la rubia

muchacha hacia su cabaña, y dejando a Overol y Lancelot mirándose, con cierta hostilidad por parte del primero.

—Bueno —suspiró Margo—. ¡Espero que nos dejen descansar por fin, Amanda!

—¡Qué cosas tan extraordinarias han sucedido! Me temo que no podré dormir... ¡Ya es de día!

—Voy a sugerirte algo —sonrió la negra—. ¿Qué tal si nos hacemos servir un desayuno en tú cabaña, y luego nos arreglamos y nos perfumamos y vamos a la piscina a tomar el sol...? Y hablando de perfumes, ¿sabes que todavía recuerdo el tuyo? ¡Es muy agradable!

Me pregunto si te molestaría prestármelo...

—Oh, Margo, lo siento, pero...

—Bueno —sonrió de nuevo Margo—, entiendo, no te preocupes: supongo que quieres utilizarlo en exclusiva, así que...

—No, no. No es eso, de veras. Es que se me rompió el frasco esta noche, en el comedor... ¡Y no tengo más!

—¿Se te rompió el frasco? —murmuró Margo, deteniéndose.

—Sí... Fue en el tocador, después de cenar. Bueno, ya sabes que Mark y yo... salimos juntos de allí...

—Lo recuerdo. ¿Todo fue bien?

—Oh, sí... ¡Sí! —Amanda rió dulcemente—. Bien, el caso es que, después de cenar, fui al tocador, para ponerme unas gotitas de perfume, a fin de que resultase... más intenso. Ya sabes que quería que Mark me acompañase... En fin, estaba tan nerviosa que se me cayó el frasco y se rompió.

—Eso le pasa a cualquiera —admitió en un murmullo Margo—. Espero que no se lastimase nadie con los cristales. ¿Estabas sola?

—¿Sola? No... ¡Había tres o cuatro mujeres más! No recuerdo. Bueno, nadie se lastimó, desde luego, estoy segura... ¿No te parece demasiado temprano para pedir el desayuno?

Se habían detenido ante la puerta de la cabaña de Amanda, y ésta, haciendo la pregunta, miró vacilante a Margo, que encogió los hombros.

—Todo depende del apetito que se tenga. Espero que el motel funcione exactamente igual para los que somos personas sin complicaciones.

—Oh, seguro que sí. Bien, entra.

Entraron las dos, Amanda cerró la puerta, y señaló el sofá. Ella fue hacia el teléfono, pero cuando iba a descolgar el auricular, se dio cuenta de que Margo continuaba inmóvil cerca de la puerta, mirándola fijamente.

—¿Qué pasa? —se desconcertó la rubita.

—Voy a pedirte un favor, Amanda... Un favor especial. Muy especial: ¿te importaría desnudarte completamente?

Amanda Lowell quedó estupefacta. Por fin, preguntó:

—¿Para qué?

—Luego te lo diré. No sé si te he dicho que soy modelo..., y tu cuerpo me interesa de modo especial. Tienes algo... No sé. ¿Querrías desnudarte?

Amanda todavía vaciló unos segundos, pero acabó por sonreír.

—Bueno, no tiene importancia, así que no veo por qué no habría de complacerte.

En un instante, quedó, completamente desnuda ante Margo Jones..., la cual consiguió ocultar su decepción, después de caminar alrededor de Amanda, mirándola en todas partes con suma atención. Pero no: Amanda Lowell no tenía herida alguna..., y ella estaba segura de que había herido, aunque fuese levemente, por lo menos a uno de sus dos adversarios de aquella noche, cuando fue agredida al abandonar la cabaña de Mark Lancelot. ¿Y si Amanda Lowell y Gordon Overol no eran lo que la rubita había dicho, sino cómplices...?

—Bueno —se impacientó Amanda—. ¿De qué se trata?

Margo Jones se colocó frente a Amanda, sonrió, y le pasó dulcemente las manos por los turgentes pechos, que cedieron elásticamente; los negros dedos acariciaron suavemente los rosados pezones de Amanda..., que miró con sobresaltada sorpresa a Margo.

—Eres muy hermosa y delicada —susurró la negra.

Abrazó a Amanda por la cintura, la atrajo, y la besó en los labios. Amanda quedó petrificada un instante. Luego, reaccionando bruscamente, apartó a Margo de un empujón, mientras su rostro se crispaba en una expresión de furia.

—Pero ¿qué haces? —gritó.

—Vamos, no seas tonta —la abrazó de nuevo Margo—. ¿Acaso no sabes que puedo hacerte mucho más feliz que ese pobre tonto de Mark? ¡Puedo darte tan delicadas caricias...!

—Una lesbiana —exclamó Amanda—. ¡Eres una cochina y asquerosa lesbiana!

—¡Qué tontería! —rió Margo—. No soy ni una cosa ni otra..., o mejor dicho, soy las dos cosas. ¿Por qué limitar el placer a un solo sexo? Se obtiene más placer siendo bisexual... ¿Nunca lo has probado?

—Negra asquerosa —comenzó a tartamudear Amanda—. ¡Puerca repugnante! ¡Sal de aquí ahora mismo!

—Te aseguro que no sabes lo que te pierdes, querida. ¿Quién mejor que una mujer puede saber cómo contentar... profunda y completamente a otra mujer? Mis caricias...

—¡¡¡FUERA!!! —gritó Amanda, cubriendo su cuerpo con un gesto rabioso.

—Está bien, está bien, me he equivocado contigo... Perdona. Pero podemos seguir siendo amigas...

—¡Si no te vas inmediatamente...!

—Tranquilízate, mujer. Y para que veas que no te guardo rencor por tu tontería y tu inexperiencia, procuraré apartar de tu camino a Gordon, a fin de que no te moleste, y puedas gozar con tu Mark... Si cambias de opinión, avísame.

—¡Asquerosa!

Margo Jones emitió un suspiro de desaliento, y abandonó la cabaña de Amanda Lowell..., sonriendo no poco divertida, en cuanto la rubia dejó de ver su rostro. Muy bien, se había equivocado con Amanda, al parecer, pero alguien estaba herido en el motel... ¿Quién? ¿Gordon Overol? ¿Por qué rechazar definitivamente la idea de que Overol y Amanda simulaban aquella antipatía porque así les convenía? A ella le habían disparado dos personas... Dos.

—Muy bien —decidió—, vamos a ver desnudo al señor Gordon Overol.

Se encaminó hacia la cabaña de éste, pero no tuvo necesidad de llegar a todo para saber a qué atenerse con respecto a Overol; había decidido acostarse con él, si era necesario, pero pudo evitarlo: Overol apareció caminando hacia ella, envuelto en un albornoz y con una toalla alrededor del cuello...

—¡Margo! —La llamó—. ¿Qué vas a hacer ahora?

Ella esperó a que estuviese frente a ella, y sonrió.

—Bueno, pensaba dormir un rato, francamente.

—¿Por qué no vienes al mar? Es delicioso bañarse a esta hora de la mañana, te lo aseguro. ¿Te decides?

—Me parece que tendría frío —rió Margo.

—¡Claro que no! Bueno, quizá un poco, al salir del agua, pero te pones en seguida el albornoz, y asunto terminado. ¿Te espero?

—Mejor que no —murmuró Margo—. Ya nos veremos luego, Gordon.

—Como quieras. Pero te pierdes algo estupendo.

—Quizá mañana. Hasta luego.

Cuando, poco después, Margo Jones entró en su «suite», él estaba allí, esperándola, de pie ante una ventana y mirando hacia la playa, con los gemelos de día. Se volvió a mirarla, y le tendió, en silencio, los gemelos.

—Overol no tiene ninguna señal de herida. ¿Y Amanda?

—Tampoco —susurró Margo, mirando hacia la playa.

—Bueno —masculló Lancelot—, quizá, a fin de cuentas, yo tuviese razón en alguna de mis teorías: WarMan utilizó a Abumbu Aba para que me colocase la carga de plástico, y a Noto y Nago para que le protegiesen, así que posiblemente heriste a alguno de éstos..., cosa que ya no podremos comprobar.

Margo Jones dejó de mirar con los prismáticos hacia la playa, y miró fijamente a Mark Lancelot.

—No has debido venir aquí, a estas horas —murmuró—. Han podido verte fácilmente.

—Bueno, que piensen lo que quieran. Ahora bien, si te refieres a WarMan, ya no debes preocuparte: seguramente, ni siquiera estaba alojado en el motel, y ahora, después de eliminar a quiénes podían comprometerle, y quedarse con el cheque, debe estar bien lejos de aquí. Resumiendo —gruñó—: he fracasado como un cretino. Llega ese tipo, se da cuenta de que las cosas no están como le convienen, y utiliza a los negros. Luego, se los carga, y se va.

Margo Jones se dejó caer en un silloncito, estuvo unos segundos pensativa, y por fin movió negativamente la cabeza.

—No —musitó—. No se ha ido, osito. WarMan sigue aquí, muy cerca de nosotros. Ha estado todo el tiempo..., y no se irá sin habernos asesinado a los dos. ¿Hace mucho que vas tras él?

—Más de un año. He seguido diversas pistas, lo he estado

rastreando...

—Pero nunca lo viste.

—No. Parece como... como si pudiese olerme. Cuando yo llegaba, él ya se había marchado. ¡Maldito sea...! ¿Por qué habría de quedarse esta vez?

—Quizá porque cada vez te vas acercando más a él..., y ha decidido dejar de preocuparse por ti.

—¿Quiere eliminarme? —sonrió secamente Lancelot—. Bueno, eso ya lo sé. Pero no le será fácil, te lo aseguro.

—No..., a menos que quieras dar un paseo con tu coche.

Mark Lancelot se quedó mirando a Margo Jones. De pronto, palideció intensamente.

—No se me había ocurrido —jadeó—. ¡Soy un necio!

—De ninguna manera —sonrió Margo—. No eres necio, *Sir* Lancelot. Estoy segura de que habrías pensado en ello, cuando hubieses estado sentado ante el volante, y a punto de dar el encendido del motor.

Lancelot emitió un silbido, se pasó la mano por la frente, y luego consiguió sonreír.

—Sí, supongo que lo habría pensado —asintió—. Pero no se me había ocurrido hasta ahora... que tú lo has dicho. ¡Maldito sea, debe estar esperando, relamiéndose de gusto, el momento en que yo suba a mi coche, lo ponga en marcha, y...! ¡Pum!

—Es lo más seguro. Eso aparte de que no puede marcharse ahora, pues atraería la atención de la Policía, del F. B. I..., y de nosotros dos. Sí, osito: WarMan está esperando que tú saltes en pedazos también. Es muy aficionado a las cargas de plástico, ¿te has dado cuenta?

—Es cierto... ¡Es cierto! Nunca da la cara, siempre utiliza esas malditas cargas... ¡Y ni siquiera tiene narices para colocarlas él personalmente!

—A veces, sí. Ya sé que envió a Abumbu Aba a colocar la de tu cabaña, pero la del coche de Noto y Nago la colocó él. Por otra parte, piensa que sí da la cara, en ocasiones: por ejemplo, cuando fue a asesinar a Kana Mabaka, y a Obo Kenato... Pero eso lo hizo cuando comprendió que contigo había fallado, y que las cosas se le complicaban, debido a mi intervención.

Mark se quedó mirando atentamente a Margo.

—Parece que has tenido tiempo de dedicarte a pensar, ¿eh? —refunfuñó.

—Es un interesante ejercicio —sonrió una vez más la negra—. Se obtienen interesantes conclusiones.

—¡No me digas que has sido capaz de comprender todo este lío!

—¿Tú no? —Casi rió ahora Margo Jones.

—Debo admitir que no.

—Entonces, querido osito, no tengo más remedio que decirte que me decepcionas... Y me pregunto qué ha visto en ti de especial el servicio secreto británico para encargarte nada menos que de la cacería de WarMan.

—¿Te parezco tonto? —Frunció el ceño Mark Lancelot.

—Quizá un poco ingenuo. ¿No crees que deberías ir a retirar de tu coche la bomba que te han colocado?

—Tengo cosas mejor que hacer.

—¿Mejor que retirar una bomba que...? ¡Vaya! ¿Qué cosas?

Mark quedó pensativo unos segundos, antes de preguntar:

—Supongamos que un hombre tan fuerte como yo, o incluso más fuerte, quisiera violarte... ¿Qué harías?

—Depende —rió Margo Jones—. Quiero decir que dependería del hombre. Si me gustaba, le permitiría que me... violase.

—¿Y si no te gustaba? Estoy hablando en serio, Margo. Imagínate que un hombre quiere violarte. O peor aún, matarte. Y claro está, tú no querrías que te matase, ¿verdad?

Bien: ¿qué podrías hacer, si estabas desarmada?

—¿Y por qué tendría que estar desarmada? Tengo una pistola.

—No podrías llevar encima la pistola, porque él se daría cuenta, y la situación que interesa no se produciría, o se produciría en circunstancias en las que no tendrías defensa. Se trata, simplemente, de que un hombre crea que te tiene indefensa en su poder, y que quiere matarte.

—Bien. Querido osito, pongo en tu conocimiento que no soy una jovencita indefensa.

Al menos, no tanto como pueda parecer... Entre mis diversas habilidades, está el karate. Una vez, en Londres, dos sujetos medio borrachos me asaltaron en la calle, me metieron en su coche, y pretendieron llevarme a no sé dónde para divertirse conmigo. Casi maté a uno de un golpe en la cabeza, le rompí una clavícula y la

nariz al otro, y el coche quedó convertido en chatarra.

—Estás hablando en serio, claro.

—Los dos estamos hablando en serio ahora, ¿no?

—Sí. De acuerdo. Entonces, escúchame atentamente, y luego me dirás si te parezco tonto, ingenuo, o listo..., y me dirás también si te atreves a apoyarme. Si no te atreves, dilo claramente, y yo enfocaré el asunto de otra manera. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Mark Lancelot comenzó a hablar, y estuvo haciéndolo durante casi diez minutos.

Cuando terminó, se quedó mirando a Margo Jones, que le observaba atentamente.

—¿Y bien? —inquirió Mark.

—No eres tonto —aceptó Margo—. Y yo acepto tu plan.

—Piensa que...

—Está pensado. Será muy satisfactorio para mí comunicar a mi padre que, en lugar de limitarme a señalarle a WarMan, he contribuido directamente a eliminarlo. No hay más que hablar, *Sir* Lancelot.

Mark la abrazó por la cintura, sonriendo.

—Casi me gusta más que me llames osito —susurró.

—No hay inconveniente —sonrió Margo—. Pero ¿por qué me aprietas tanto? ¿Pretendes lastimarme?

—Todo lo contrario... Es muy temprano, tenemos mucho tiempo..., y he pensado que podríamos dedicarlo a... conocernos mejor. Quizá resulte, que nos gustamos el uno al otro.

—Me parece que te estás buscando un buen golpe de karate —murmuró Margo.

—Correré el riesgo...

Mark Lancelot invirtió poquísimos segundos en quitarle a Margo Jones la escasa ropa que ésta llevaba. La estuvo mirando, luego puso sus manos en la cintura, y comenzó a acercarla de nuevo, despacio. Margo Jones no protestó cuando la boca del británico se hundió en la suya. Ni cuando las manos de él acariciaron ávidamente su vibrante cuerpo. Ni cuando, después de aquel primer beso, él la llevó hacia la cama.

Y cuando estuvieron allí, y Margo Jones, suspirando, recibió apasionadamente a Mark Lancelot, ni siquiera se acordó de que

sabía karate. Por el contrario, se abrazó dulcemente a él, y musitó:

—Sí, mi osito... Todo... para ti...

CAPÍTULO IX

Hasta casi las cuatro de la tarde, el F. B. I, estuvo trabajando en el «Motel Arcoiris». Un grupo de agentes se hizo cargo de la situación, en todos sus aspectos: interrogatorios a los clientes del motel, investigación técnica tanto del coche siniestrado como de las cabañas de Obo Kenato y sus cuatro amigos, examen preliminar de los cadáveres, antes de que fuesen retirados, estudio del terreno... Como era habitual en la Oficina Federal de Investigación, no dejaron ningún cabo suelto..., a excepción del que significaba Abumbu Aba, sobre el cual parecieron llegar a la misma conclusión que la Policía. Por fortuna, no se les ocurrió registrar el resto de las cabañas del motel, pues habrían encontrado a Abumbu Aba, ciertamente, metido en una gran bolsa de plástico que Mark Lancelot había conseguido en la lavandería...

Muy pronto, el F. B. I, volvería al «Motel Arcoiris» con nuevos datos, que darían un nuevo cariz al asunto: las balas encontradas en los cadáveres de Obo Kenato y Kana Mabaka no correspondían a la misma pistola; ni siquiera al mismo calibre y modelo de arma, por lo que, considerando el caso desde un nuevo punto de vista, sus investigaciones serían mucho más profundas, mejor encaminadas.

Pero, para cuando el F. B. I, volviese al «Motel Arcoiris», en éste ya habrían ocurrido más cosas. Muchas más cosas.

Por ejemplo, en aquel momento, los huéspedes del lujoso lugar estaban cenando en el agradable comedor.

Algunos, como los Roark, incluso habían terminado ya, y se dirigían hacia la puerta, tomados del brazo...

—¿Se retiran ya, señor Roark? —les sonrió Lancelot, desde la mesa que compartía con Amanda Lowell.

Los Roark desviaron su marcha hacia ellos. Ben Roark parecía

estar hondamente preocupado. Y tenía sus motivos: la señora Roark, después de la agitada noche y el día de investigaciones por parte del F. B. I, estaba muy fatigada, y, al parecer, al borde de la crisis nerviosa.

—Ha sido un día muy desagradable, señor Lancelot —contestó Ben Roark, intentando sonreír—. Y no todos tenemos la vitalidad de usted y de la señorita Lowell.

—Lo comprendo. ¿No se encuentra mejor, señora Roark?

—No demasiado —murmuró la dama—. Espero que mañana Ben y yo sabremos apreciar mejor su compañía.

—Quizá debería tomar algún sedante, señora Roark —sugirió amablemente Amanda.

—Sí... Creo que lo hará. ¡Cielos, espero que esta noche no ocurra nada!

—¿Todavía más? —Abrió mucho los ojos Lancelot—. Yo creo que, como diversión extra en nuestras vacaciones, todos hemos tenido bastante, ¿no les parece?

—Demasiado, diría yo —gruñó Ben Roark—. Bien, si nos disculpan...

—No faltaría más. Hasta mañana... Espero que descanse, señora Roark.

Los Roark sonrieron, se despidieron, y continuaron su camino hacia la puerta. Amanda Lowell dirigió una mirada de reojo a la mesa que compartían Gordon Overol y Margo Jones, y comentó:

—Parece que Gordon le ha tomado gusto a tu amiga.

—¿A mi amiga? —se sorprendió Lancelot—. ¿Te refieres a Margo?

—Por supuesto.

—Bueno, hay que admitir que Overol no tiene mal gusto... Margo es una mujer espléndida, muy hermosa y...

—Y bisexual.

—¿Qué?

—Es lesbiana.

Mark Lancelot quedó cómicamente pasmado.

—¿Qué me dices? —exclamó, acto seguido.

—Lo sé bien. Intentó gozar conmigo... No es muy inteligente, ¿verdad? ¿Acaso tengo yo aspecto de lesbiana?

—Eso nunca se sabe —rió Lancelot—. Aunque a mí me consta

que no lo eres. Bueno..., quiero decir que conmigo, no... Vaya, a menos que también seas bisexual, yo diría que te gustan los hombres.

—No todos —sonrió Amanda.

—Lo celebro. Y ya que hablamos de eso: quedamos en que yo pondría el champaña esta noche, ¿no es así?

Amanda se sonrojó ligeramente, brillantes los hermosos ojos claros..., que se desviaron de nuevo hacia la mesa de Margo y Overol, al ver que Lancelot miraba hacia allí. La hermosa negra y el fornido Overol también habían terminado de cenar, y abandonaban el comedor. Cuando Amanda y Mark volvieron a mirarse, él emitió una risita divertida.

—Bueno, espero que el hercúleo Overol consiga que Margo se olvide de ti..., al menos por esta noche, querida.

—Mientras no te olvides tú... —murmuró Amanda.

Mark Lancelot no se olvidó de Amanda Lowell, ciertamente. Terminaron de cenar, desdeñaron tomar café, y, en cambio, Lancelot se procuró una botella de champaña en el bar. Con ella envuelta con una servilleta, salieron también del comedor. Hacía una noche tibia y estrellada. Mark Lancelot aspiró cómicamente la brisa que llegaba del mar.

—Espléndida noche —comentó—. ¡Se me está ocurriendo una idea formidable!

—¿Qué idea? —se interesó Amanda, sonriendo dulcemente.

—Ya verás... Tú déjame hacer a mí.

Se dirigieron hacia la cabaña de Lancelot, pero, cuando ya estaban cerca, el británico desvió la marcha. Amanda se dio cuenta en seguida, y ladeó la cabeza para mirarlo, sorprendida, tomada de su brazo.

—¿Qué haces? Tu cabaña está...

—Sé dónde está mi cabaña. Pero, como te he dicho, he tenido una idea espléndida...

¿Qué te parecería si hiciéramos el amor a la luz de las estrellas, en la playa?

—Oh, vamos, Mark... ¡Podrían vernos!

—Si nos quedamos en la playa del motel, sí. Pero no haremos tal cosa, sino que iremos a otra playa, con mi coche. Lo tengo estacionado ahí, y... ¿Qué te ocurre?

Amanda Lowell se había detenido en seco. Lancelot la miró, y vio su rostro lívido, demudado, fija la mirada en el coche que él acababa de señalar, estacionado a unos quince metros.

—¿Te encuentras mal, Amanda? —murmuró Lancelot.

—No, no... Es que... no... no deseo hacer eso en la playa. Prefiero que vayamos a tu cabaña.

—¡Pero si será delicioso amarnos en la playa! —exclamó Lancelot, tomando de un brazo a Amanda—. No seas tonta, vamos a...

—¡Te digo que no quiero! —Casi gritó ella, desasiéndose con brusquedad.

—Está bien, está bien, no tienes que ponerte así, querida. Puesto que lo prefieres, iremos a mi cabaña... No he querido molestarte.

—No... No me has molestado... Es que prefiero...

—Pero si te comprendo, mujer. No hay más que hablar. Anda, vamos, y olvida mi tontería. Y perdóname. ¿Sí? ¿Un besito?

Amanda Lowell sonrió, alzó el rostro, y aceptó la boca del amable y cariñoso Mark Lancelot. Luego, se dirigieron hacia la cabaña, a la que entraron segundos más tarde. Lancelot encendió la luz, cerró la puerta, se volvió hacia Amanda Lowell, le sonrió seráficamente..., y de pronto, de un violentísimo bofetón, la tiró de espaldas, con los pies hacia arriba, dejando al descubierto las espléndidas piernas de Amanda Lowell...

* * *

Gordon Overol contempló un instante el vestido de Margo, que había caído al suelo, a los pies de la negra, y luego fue subiendo la mirada por el magnífico cuerpo prieto, elástico, que se ofrecía desnudo ante él. Un relámpago de lujuria pasó por los ojos de Overol cuando se detuvieron un instante en el denso triángulo de rizado vello entre los turgentes muslos de Margo Jones. Luego, subieron por el tenso y terso vientre, por los magníficos pechos, de rotundos pezones, por el esbelto cuello...

—¿Te gusto? —sonrió Margo.

Gordon Overol no contestó. Se acercó a Margo, y le puso las manos en las caderas, frescas y elásticas, perfectas, sedosas. Luego, las fue deslizando por los costados, hasta que llegaron a los pechos,

enhiestos y vibrantes, que acarició, recreándose especialmente en los tiernos pezones. Margo Jones emitió un gemidito, y sus manos se posaron sobre las de Overol, apretándolas más contra sus pechos.

—Así —jadeó—. Acaríciame... Quiero que me enciendas, que me vuelvas loca, antes de poseerme, antes de... de penetrarme con toda tu potencia masculina... ¡Quiero volverme loca, esta noche, contigo!

Overol se pasó la lengua por los labios. Luego, se inclinó, y comenzó a besar los pechos de Margo, deslizand la lengua por los pezones. Margo Jones volvió a gemir, y sus manos se juntaron en la nuca del hombre, que deslizó una de las suyas hacia las ingles de ella, arrancándole un gemido aún más profundo y estremecido...

—No sé... si podré... resistir mucho —suspiró Margo—. Creo que estoy deseando que me poseas... ¡ahora mismo!

Gordon Overol no se hizo repetir la ardiente petición. Sin más complicaciones, tendió a Margo sobre la alfombra, del saloncito, la besó en el vientre y en las ingles mientras se desabrochaba el pantalón, y, segundos después, se colocaba sobre ella..., mientras la mirada de Margo iba hacia el teléfono, que estaba sobre una mesita.

Justo en el momento en que Gordon Overol iniciaba la posesión de aquel magnífico cuerpo, sonó el teléfono. Margo se estremeció, y emitió un suspiro de disgusto.

—¡Oh, no! —gimió—. ¡No contestes!

Overol había vuelto la cabeza hacia el teléfono, que seguía sonando. Margo puso sus manos en los riñones de él, y apretó, queriendo hundirlo en ella, pero, de pronto, Overol se apartó, y se puso en pie.

—Resolveré en seguida lo que sea —murmuró. Descolgó el auricular.

—¿Diga?

—¡...!

—¿Qué? —Palideció Overol.

—¡...!

—Está bien. Sí, vamos a arreglarlo, desde luego, de una vez por todas. Hasta ahora.

Colgó, y se volvió hacia Margo, que continuaba tendida en el suelo, y que le sonrió, alargando los brazos hacia él.

—Ven —suplicó—. Ven, mi vida, ven por mí...

Gordon Overol sonrió secamente, y volvió junto a Margo. Es decir, sobre Margo... Se colocó en posición, y cuando estuvo en ella completamente, se dejó caer a todo peso sobre el negro vientre, alzó el torso, y sus manos rodearon la garganta de Margo Jones, apretando.

—Se acabó el juego, sucia negra —jadeó—. Voy a tener el gran gusto de poseerte mientras te estrangulo... ¡rápidamente!

Las manos apretaron más, bruscamente. Pero, no menos bruscamente, la mano derecha de Margo Jones se movió, no ya acariciando hipócritamente el cuerpo de Overol, sino buscando su sien izquierda.

El golpe sonó como un chasquido producido por una rama seca al quebrarse; pareció que el canto de la mano de Margo fuese a hundirse en la sien de Overol, pero no fue así. Simplemente, rebotó, tras hacerla crujir, y Gordon Overol, fulminantemente muerto por el fortísimo golpe de karate, se relajó sobre el cuerpo de Margo, emitiendo un último y extraño ronquido, que se truncó en seguida.

Margo Jones lo empujó a un lado, se puso en pie, y se vistió rápidamente, mientras miraba con estremecedora frialdad el cadáver de Gordon Overol.

—Al menos, te has divertido un poco —susurró—. Pero nunca habrías llegado a poseerme: aunque no te hubiesen llamado, ya estarías muerto, amigo WarMan. En cuanto a tu amiguita, no creo que lo esté pasando bien...

* * *

—¡Por nada, por nada, por nada! —chilló Amanda Lowell de nuevo—. ¡No fue por nada, simplemente, no quería ir en coche ahora!

Otro bofetón la derribó de nuevo al suelo. Inmediatamente, Mark Lancelot se colocó a horcajadas sobre el cuerpo de Amanda, sentándose en su vientre, presionándola, y la sujetó por las muñecas.

—Te voy a hacer pedazos —aseguró—. Anoche fuiste tú quien lo pasó bien conmigo, ¿no es cierto? Oh, sí, debiste divertirte mucho, sabiendo que muy pronto yo volaría en pedazos, en cuanto pusiera en marcha el motor de mi coche... ¡Pues bien, esta noche me toca

divertirme a mí!

—No... no sé lo que quieres, no te entiendo... ¡Te has vuelto loco, Mark! ¡Me estás haciendo daño!

Intentó soltarse, pero la fuerza física de Lancelot era demasiada para ella; apenas consiguió moverse, mientras las manos de Mark parecían a punto de quebrar sus frágiles muñecas.

—Amanda, querida Amanda —movió la cabeza Lancelot, implacable—, el juego ya ha terminado... Hace más de un año que voy detrás de ti, y por fin te he alcanzado...

—Para desgracia suya, señor Lancelot —oyó éste tras de sí.

El agente británico volvió vivamente la cabeza, y se quedó mirando, impenetrable la expresión, a sus visitantes. No pareció ni poco ni mucho sorprendido al ver, apuntándole con sendas pistolas, a Benjamín y Beatrice Roark.

—¡Matadlo! —exigió, histéricamente, Amanda—. ¡Quitadme a este puerco de encima! ¡Maldito sea!

—Sí, señor Lancelot —dijo suavemente Beatrice Roark—, será mejor que deje de molestar a nuestra querida Amanda. Por favor.

Mark Lancelot se incorporó, mientras Amanda lo hacía más vivamente que él, en cuanto estuvo libre de su presión y su presa en los brazos. Espumeando su boca por la furia, la muchacha pareció dispuesta a abalanzarse con uñas y dientes contra Lancelot, pero Ben Roark hizo un expresivo gesto con la pistola, mientras decía:

—Apártate de él, Amanda.

—¡Dejadme que lo mate yo! ¡Dejadme que sea yo quien lo acribille!

—¿Cómo hiciste con Kana Mabaka? —susurró Mark.

—¡Sí! ¡Como hice con aquella idiota!

—¿Y quién de ustedes asesinó a Obo Kenato? —preguntó serenamente Lancelot.

—A ése le maté yo —sonrió fríamente la «venerable» señora Roark—. Estaba furiosa por la herida, y quise desahogarme de ese modo.

—O sea, que fueron ustedes dos quienes estaban esperando a que Abumbu Aba colocase la carga explosiva debajo de mi cama.

—Así es. Queríamos que él hiciese el trabajo. Luego, lo habríamos matado a él y a Kana Mabaka en la cabaña. Pero, como su amiga negra nos ocupó un tiempo, Amanda se encargó de Kana

Mabaka...

—¿Y por qué no de Obo Kenato, ya que ustedes dos estaban ocupados con Margo?

—Porque a Obo Kenato teníamos que visitarlo nosotros, para pedirle el cheque, diciéndole que nos enviaba WarMan, y Amanda lo sabía, naturalmente. Así que nos ayudó en eso, nos cubrió mientras nos alejábamos de la negra, a la que no podíamos ver, y volvió a su cabaña. Nosotros fuimos a ver a Obo Kenato, y cuando, tras salir de su sorpresa, nos entregó el cheque, lo maté, con gran placer. Luego, a fin de no correr ningún riesgo, Ben y yo colocamos la carga en el coche de los otros dos negros..., con lo que sabíamos ya que los cinco habían muerto, y que nada nos comprometía.

—Entiendo eso. Pero ¿por qué matarlos? Hasta el momento, que se sepa, WarMan siempre había cumplido sus compromisos con quienes le contrataban.

—En efecto —intervino Ben Roark—. Pero esta vez las cosas se estaban complicando demasiado. Por una parte, usted, que lleva tiempo... molestándonos con su persecución. Por otra parte, la aparición de Margo Jones nos inquietó. Sabíamos que esta vez las cosas estaban más complicadas. Así que decidimos cortar por lo sano, quedarnos con el dinero, y asunto terminado. ¡Y a esperar un nuevo contrato!

—¿Y no creen que les habría sido más cómodo matarnos a Margo y a mí?

—Oh, ya pensábamos hacerlo, naturalmente. Por eso le pusimos a usted una bomba debajo de la cama... Podríamos haberlo asesinado directamente, pero Amanda se encaprichó de usted, y, antes de matarlo, quiso gozarlo un poco, del mismo modo que Gordon quería gozar a Margo Jones. Es divertido todo nuestro juego, señor Lancelot... Usted habría muerto mañana, al poner en marcha su coche, cuando quisiera marcharse, después de haber proporcionado otra noche de placer a Amanda..., y de enterarse de que Margo Jones había sido eliminada, después de haber sido a su vez gozada largamente por Gordon... El juego ya había durado lo suficiente.

—O sea, que pensaban seguir... «jugando» hasta mañana. Pero me vieron llevar a Amanda al coche, comprendieron que yo sabía que había una bomba en él, y que sospechaba de Amanda... Vieron

cómo quería meterla en el coche, y cómo ella se resistía, y comprendieron que yo la iba a tratar mal aquí dentro de modo que vinieron en su ayuda.

—Así es. Pero antes, avisamos a Gordon..., que llegará de un momento a otro, después de matar a Margo Jones. Lo eliminaremos también a usted, y... mañana por la mañana estaremos tan lejos y con personalidades tan diferentes, que ya no podrán alcanzarnos. ¿Sabe, señor Lancelot? Usted ha sido muy listo trabajando siempre solo y comprendiendo que un nutrido grupo de hombres como usted sería detectado por nosotros, con lo que nunca acudiríamos a un lugar donde hubiese tanto... personal dispuesto a cazar a WarMan. Sí, ha sido listo, pero... le ha llegado la hora. No debió ser tan terco, no debió insistir tanto en querer cazar a WarMan.

—Eso parece —sonrió fríamente Lancelot—. Pero, dígame, señor Roark: ¿quién de ustedes cuatro es WarMan? ¿Overol, usted, su esposa, Amanda? —Los cuatro— rió Ben Roark—. ¡Los cuatro somos WarMan! Por eso podemos hacer tantas cosas, por eso siempre escapamos de todo, porque nos protegemos unos a otros... Los cuatro formamos el cerebro organizador de guerras que ustedes conocen con el nombre de WarMan. Cada uno tiene una especialidad para el montaje de guerras: Gordon entiende de armamentos, Amanda recluta indirectamente personal especializado en informaciones, y nosotros... Bueno, mi esposa y yo somos... los refinados de este grupo perfecto y compacto llamado WarMan, los estrategas, los que tenemos conocimientos logísticos, los que redondeamos el planteamiento de la guerra y su desarrollo. Y, como usted bien debe saber, nunca hasta ahora hemos fallado.

—Admirable —dijo Lancelot—. En cuanto a mí, soy un simple agente británico, pero será un placer regresar a Londres, después de un año de persecución de WarMan, para informar que por fin lo he eliminado, y que, por lo tanto, no volverá a interferir en los planes británicos o en los de sus aliados, algunos de ellos secretos, en el continente africano.

—Lo que significa —rió Ben Roark— que usted todavía tiene esperanzas de terminar con WarMan, señor Lancelot.

—Así es.

—Pues no creemos que esté en situación de conseguirlo, francamente. O es usted un necio, o el miedo le impulsa a decir

tonterías.

—No soy un necio —aseguró Mark—. Aunque a decir verdad, sí tengo algo de miedo, porque había planeado esta situación con todo detalle, para guardarme las espaldas, y parece que algo está fallando.

—Nada está fallando, osito —sonó la voz detrás de los Roark.

Al mismo tiempo, la puerta se abrió de nuevo, y tras la voz de Margo Jones llegó ésta, alzando su pistola..., mientras Mark Lancelot aprovechaba la ocasión; ocasión que había estado esperando mientras sonsacaba a los Roark, y que había temido que no se produjera, que Gordon Overol hubiese sido un hueso demasiado duro para los bonitos dientes de Margo Jones.

Pero no había sido así, y Mark supo aprovechar bien la ocasión finalmente producida por la aparición de Margo, ya que los Roark cometieron el error de volverse hacia la negra, quizás impulsados por el sobresalto, la lógica sorpresa...

Así pues, mientras los Roark se volvían hacia Margo Jones, Lancelot se tiró al suelo, hacia uno de los sillones, metió la mano debajo, y la retiró en el acto, empuñando su pistola con silenciador.

En ese brevísimo espacio de tiempo, sin embargo, habían sucedido cosas...

Margo Jones había disparado, fría, implacablemente, contra Benjamín Roark, acertándole en plena frente, y derribándolo de espaldas mientras la pistola saltaba de la mano del anciano. Casi al mismo tiempo, Margo Jones se dejaba caer de rodillas, de modo que la bala disparada por Beatrice Roark pasaba por encima de su cabeza, y fue a clavarse en la puerta.

La vacilación de Mark Lancelot fue brevísima. Por una milésima de segundo, sus ojos vieron, disparando contra Margo Jones, a una anciana que, además, tenía mal aspecto, pues estaba herida. Sólo por una milésima de segundo, vio esto... En seguida, vio que aquella «venerable» anciana estaba disparando contra Margo Jones, y Lancelot disparó un instante antes de que lo hiciera la propia Margo.

La bala alcanzó a Beatrice Roark en un lado del pecho, la hizo girar, y la derribó, con un tremendo boquete casi debajo de la axila que marcaba el camino de la bala hacia su pérfido corazón.

Simultáneamente a esto, Amanda Lowell había saltado hacia la

pistola de Ben Roark, la había empuñado, había apuntado también a Margo Jones...

¡Plop!, disparó de nuevo Mark Lancelot, tendido en el suelo.

Fue espantoso.

La bala acertó a Amanda debajo de la barbilla, atravesó la cabeza, y salió en horrenda salpicadura de sangre, cerebro y cabellos por la coronilla.

Eso fue todo.

Segundos más tarde, Mark Lancelot desvió la mirada hacia Margo Jones, que le estaba mirando todavía con expresión tensa, sobresaltada.

—No me gusta esto —susurró—. ¡No me gusta esta parte de mi trabajo, no me gusta, maldita sea!

EPÍLOGO

—Personalmente —refunfuñó el inspector del F. B. I, Hawkins—, no me gusta mucho el arreglo al que han llegado nuestros organismos, Lancelot, pero no tengo más remedio que obedecer.

—No se lo tome así, hombre —sonrió el británico—, al fin de cuentas, a todos nos va a favorecer la eliminación de WarMan, ¿no es cierto?

—Eso, desde luego —admitió Hawkins—. Bien, en las altas esferas han dicho que les dejemos marchar, que todo está arreglado a niveles superiores, que... ¡Al demonio! ¿Qué esperan para tomar su avión? ¡No me moveré de aquí hasta que les vea partir!

Margo Jones y Mark Lancelot se miraron, soltaron una carcajada, sé tomaron de la mano, y caminaron hacia el vehículo que les llevaría al pie del avión que, apenas media hora más tarde, aterrizaría en el aeropuerto de Oakes Field, en las Bahamas, donde un agente británico sería mejor recibido que en los Estados Unidos.

Pocos minutos más tarde, el inspector Hawkins tenía la satisfacción de ver elevarse el avión en el que viajaban el británico y aquella negra llamada realmente Nila Okina... Okina... Ogaño... ¡Bueno, al demonio los dos! ¡Al infierno!

—Ya verás —decía Mark, señalando hacia el este—. ¡Te vas a sentir como en el paraíso!

¿De verdad nunca has estado en las Bahamas?

—Nunca, osito.

—Pues prepárate a quedar maravillada. Después del año más repugnante de mi vida, persiguiendo a WarMan, tengo cuarenta días seguidos de vacaciones, y podré dedicarme a enseñarte todas las islas, los rincones más bellos, los hoteles más lujosos, los... ¿Por qué me miras así?

—¿De verdad me amas, Mark? —susurró Margo Jones.

—¿A qué viene esa pregunta tan tonta?

—Es que... Me parece imposible...

—Te juro que siempre me han gustado las negras... ¡Palabra de honor!

—¿Y cómo podrás convencerme de ello?

Mark Lancelot quedó un instante pasmado. Luego, recorrió con la mirada las bellísimas formas de Nila, sus labios de color rosa, su cuello... Como un relámpago pasó por su mente el recuerdo de los momentos apasionados y dulces vividos juntos en la «*suite*» de ella pocos días antes... Y entonces sonrió.

—Algún medio encontraré —murmuró—. Y si quieres, ahora mismo empiezo a darte detalles...

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] War significa Guerra, en inglés: *Man*, significa Hombre. *War Man*, pues, sería Hombre-Guerra. < <